316
459

130094331

PRUEBAS

DEL SENTIMIENTO,

POR EL SEÑOR D'ARNAUD.

TRADUCIDAS DEL FRANCES.

TOM. II.

BARCELONA.
EN LA IMPRENTA DEL DIARIO
POR FRANCISCO ORTIZ
DE LA RIBA.
1795.

ofrecido á la Biblioteca
Universitaria de Sevilla
hoy, XI de Diciembre de 1896.
E. S. Dodgson.

CLARY

HISTORIA INGLESA.

CLARY

HISTORIA INGLESA

CLARY

HISTORIA INGLESA.

Despues de la virtud, objeto digno de nuestras ofrendas, lo que debe producir aquella consideracion personal, el primero de los honores; lo que es mas acreedor á nuestro respeto, á la estimacion pública, á la complacencia propia, es el retroceso á aquella misma virtud, de la que pocos hombres sobre la tierra no se apartan. El arrepentimiento verdadero, exercitando nuestra sensibilidad, hace en algun modo mas pura nuestra moral, y mas segura

de aquellos movimientos de orgullo que suelen amenazar á los corazones que han logrado permanecer constantemente fieles á sus deberes. Nos atrevemos á decirlo: el amor propio, disfrazándose, está muy cerca de la virtud, y es su mas fatal seductor. Un alma que haya sido advertida de la debilidad inseparable de la naturaleza humana, será animosa sin vanidad, y modesta en sus triunfos: el deseo de enmendar sus faltas, le dará nuevo vigor, y la memoria de su caida no la dexará aplaudirse de su elevacion. Por otra parte ¿no convienen la Religion y la verdadera sabiduría en presentárnos los remordimientos sinceros como un me-

medio de expiacion á los ojos del Ser Supremo? pues porqué nosotros hémos de ser mas severos que la Divinidad? Acordémonos de que la indulgencia y la compasion son los principales atributos del hombre: que sin estos dos sentimientos, su carácter no existe: que en una palabra, la virtud, separada de la humanidad, no es mas que un disfraz artificioso del orgullo, un simulacro impostor que usurpa nuestra veneracion. Consultemos á la Naturaleza: ella nos lleva, como por la mano, á la beneficencia: ella nos insta á recoger en nuestro seno las lágrimas del infortunio: ¿y que cosa hay mas digna de nuestra piedad, de todo genero

de consuelo, de toda la ternura de la afable humanidad, que una criatura desgraciada que reconociendo sus errores vuelve entre lágrimas á la virtud, al mas dulce sentimiento del alma, y conserva el eterno dolor de haberse apartado de ella?

Estas reflexiones, que á primera vista parecerán sueltas é hijas del acaso, son fruto de la leccion de dos cartas que ahora ofrezco al público. Creo que podrán servir de alguna ilustracion en lo que se llama *costumbres*; materia importante, que como otras muchas de esta especie, está todavía sin aclarar. Yo quisiera, sin el auxilio de una metafísica abstracta, cuyos raciocinios frios é

in-

inánimes no hacen gran impresion, fixar nuestras ideas respecto á la virtud, y al lugar que debe ocupar en los ánimos varoniles, que tienen energía para sacudir los pesados grillos de la preocupacion. Perdémos el tiempo en llenarnos la cabeza de una multitud de conocimientos frívolos, que para engañar nuestra orgullosa ignorancia, han usurpado el nombre pomposo de ciencias, y entretanto el estudio de la verdad, el único tal vez que sea digno del hombre, es el que por desgracia está mas descuidado.

He aquí las dos cartas, tales quales se me han enviado.

CARTA

DEL BARON BORSTON

AL CABALLERO DIGBY.

Pues eres mi amigo, Digby, lee atentamente, pesa cada renglon, y decide la felicidad ó la infelicidad de mi vida; sí, de toda mi vida. Mira que te envio mi alma misma, y la tuya ha de guiarla, iluminarla, ha de pronunciar en una palabra su destino. Digby, yo amo, como jamas he amado. Yá estás admirado y suspenso! bien me lo espera-

raba, pues no extraño yo ménos que tú este acontecimiento. Despues de la triste experiencia que he tenido, conocer todavía el amor, creer en sus placeres y dulzuras, abandonarme á él sin reserva! esto es cabalmente lo que yo no debia hacer, y lo que ahora me sucede. Sin embarbargo, no pienses en reprobar mi amor, ántes de estar bien instruido en un asunto tan importante á tu amigo: oh! bien seguro estoy de tu aprobacion! vosotros los Filósofos no veis las cosas como el vulgo que no tiene otros ojos que los del hábito. Disimúlame la expresion en favor de la verdad que presenta.

Bien sabes que el Lord Dorset y

yo

yo gustamos de dar unos paseos que vienen á ser una especie de viages. El Lord pretende que esta diversion es tan útil al entendimiento como á la salud: cree que se gana mucho en ofrecer á la vista nuevos objetos, por cuyo medio se hace provision de conocimientos que contribuyen á formar un fondo de Filosofía, alimento eterno de toda criatura que sabe hacer buen uso de su tiempo. No parece sino que Donsser ha sido confidente de la Naturaleza: nada se le pasa por alto: se estará discurriendo un dia entero con toda la sagacidad de un sábio observador, sobre una florecilla del campo, que un profano ignorante ho-

lla-

llaria, y siempre dirige su conversacion á mover la sensibilidad; quiero decir, que excita y mantiene en el alma, aquella dulzura, aquella apacible ternura que parece la prepara para recibir las impresiones mas deliciosas. Tú no ignoras quan sensible es mi corazon y quan fácil de inflamarse, ni lo mucho que ha padecido con la mas desgraciada pasion: Miss WEXMOUT ha sido tan pérfida como amable; no hablémos mas de ella, DIGBY, no hablémos mas de ella: su imperio se acabó: yá he conocido otra soberana: no todas las mugeres son falsas é hipócritas, y yo quiero precisarte á que tú mismo seas su panegirista.

Pa-

Paseábame pues con nuestro Filósofo por un parage agradable, muy ageno de pensar que este camino guiaba al amor. Insensiblemente nos hallamos en una casería de un aspecto hermosísimo: dos hileras de manzanos guiaban á ella; á pocos pasos hay un valle esmaltado de risueño verdor, y regado por un arroyuelo que va á esconderse baxo una enramada de frondosos tilos: mas allá se ven huertas, prados artificiales, cespederas fresquísimas, y ganados pastando sobre los collados vecinos: los rayos del Sol centelleaban y esparcian abundantemente el oro y la púrpura al traves de las ramas de los altos árbo-

bóles que, orgullosos de su antigüedad, coronan un monte cuya situacion defiende esta hermosa comarca de los vientos del norte: una aldea que llama la atencion por la variedad que hay en ella, es el centro de este hermoso paisage.

Dirigímonos casi involuntariamente hácia la casería, donde nos recibieron con aquella franqueza que es la urbanidad del corazon, urbanidad halagüeña y verdadera, que solo pertenece á aquellas almas inocentes en quienes la ciudad no ha alterado todavía el candor. El Dueño de la casería era un anciano, cuya edad no le habia agoviado con el peso de las enfermedades: su as-

pec-

pecto captó desde luego nuestra voluntad : su frente ingenua adornada con largas canas anunciaba su buen natural. Hízonos el recibimiento que le permitia su respetable pobreza , ofreciéndonos leche , manteca, huebos frescos , lo que aceptamos al punto. Dorset quiso darle alguna recompensa , pero notamos en su rostro el rubor que esto le causaba. Una alma que conoce y se complace en su dignidad , se extremece solo con la idea del interes. Yo dí á una de sus hijas un anillo de oro de corto precio que traia en el dedo.

Salimos de allí , y á pocos pasos encontramos , al lado de una fuente cortada en la roca , una Pastorcilla

que guardaba unos corderos. Sentada sobre un altillo cubierto de muzgo, parecia una soberana sobre su trono. Yo, DIGBY, doy crédito á aquellas pasiones rápidas é imperiosas que parece deciden la suerte del corazon, y le dominan por toda la vida. Apénas habia yo dado una mirada á CLARY (que así se llamaba la Pastora) quando quedaron mis sentidos turbados, llenos de placer al contemplarla, fixa en ella toda mi atencion. En efecto, su fisonomía es tal vez la mas expresiva, la mas alhagüeña, la mas propia para ser adorada: dos ojos negros y rasgados, un cuerpo ayroso, mil gracias naturales, la rosa de la ju-

ven-

ventud , y sobre todo el ayre de la sensibilidad y de la melancolía que hace á la belleza tan atractiva y tan temible : tal era, DIGBY , la criatura celestial que vino á librarme de aquella perjudicial Miss WEYMOUT cuya memoria me perseguia continuamente. Pero lo que mas va á suspenderte es que CLARY leia. No bien nos hubo visto quando presurosa guardó el libro en la faltriquera. Acércome á la amable Pastorcilla: habló ella, y mi sorpresa , ó , por mejor decir , mi turbacion , creció: turbacion deleitosa de que tu adivinarás la causa. Aunque lo que nos dixo no fué mas que algunas palabras producidas como violentamente

por la urbanidad, quedaron grabadas en mi corazon, y no necesité de oir mas para persuadirme á que Clary ennoblecia el estado oscuro en que la veia sepultada. El Lord Dorset pensó lo mismo.

Despues no nos cansábamos de repetir sus elogios, encontrando siempre algo que añadir; de manera que en toda la tarde no tuvimos otra conversacion. La noche solo sirvió para dar fuerza á la impresion que en mí habia hecho Clary. La reflexion, léxos de destruirla, la profundizaba: yo amaba yá, y amaba ardientemente: ¿como podia dexar de conocer mi inclinacion, quando yá me ocultaba de Dorset. A la

ma-

mañana siguiente me halló pensativo; preguntóme la causa, y busqué algun pretexto: ah! yo conocí que el amor usa de reserva con la amistad. Finalmente, despues de comer, dexé á DORSET, y corrí diligente al parage donde habiamos visto á CLÁRY.

Halléla leyendo en la misma postura que la vimos el dia anterior, y me sentí de nuevo abrasado. "Hermosa pastora, (le dixe) no os "admiréis de verme otra vez." Estas palabras pronunciadas con un acento que salia de lo íntimo del corazon, me pareciéron que la sobresaltaron: llenóse de rubor, poniéndose así mas hermosa, y yo prose-

guí diciendo : no os turbeis de verme : vuestro aspecto tiene tal atractivo , que no es posible dexar de buscaros : yo no vengo á hablaros de vuestra belleza, pues bien debeis de conocer su poder, sino solo querria saber si me permitís que ceda á mi curiosidad. ¿Que prodigio raro os hace habitar en estos sitios? porque no podeis disimular la verdad, y si yo creo á un corazon que no puede engañarme , hay pocos dones de la fortuna que sean dignos de vuestra clase. Clary quedó turbada al oir este género de cumplido. — Mi clase, Señor, . . . mi clase es esta en que me veis , y sin duda la fortuna nada me debe. ¡Dichosa si siempre hu-

hubiese vivido en este asilo solitario! Esta es la mansion de la virtud, y tambien (añadió exhalando un suspiro) debe de serlo de la felicidad.

Al decir estas palábras, los hermosos ojos de Clary mostraron algunas lágrimas que ella procuraba detener: yo no podia dexar de notarlas, pues mi vista era penetrante, y el corazon la iluminaba. Entónces exclamé: llorais, hermosa Pastora! ¿No podré esperar alguna luz acerca de vuestra suerte? A lo ménos creed que de qualquier modo que correspondais á mis ruegos, el hombre á quien tanto habeis inclinado en vuestro favor, con-

servará este afecto toda su vida.

El respeto y la timidez acompañaron estas últimas palabras. En fin, DIGBY, nuestra conversacion se acabó con el dia. En ella fué quando CLARY me dixo su nombre, y quando la pasion mas poderosa se apoderó de mí. El libro que ella leia, y que sorprehendí en sus manos, era la divina *Clara Harlowe*, obra inmortal del gran *Richardson*, que siempre será la delicia de los corazones sensibles. CLARY entretanto, sin quexarse de la especie de abatimiento en que parecia estar, no me dió noticia alguna, ni de su verdadera situacion, ni de su nacimiento.

Todos los dias veia yo al dueño

de

de mi corazon ; yá no me era posible dexar de conocer su dominio , y cada dia me aprisionaba con nuevos lazos. Sin duda tú me citarás los heroes campestres de nuestro antiguo *Spenser* (*a*) : tal vez me dirás que era una gran necedad el tratar de amor tan respetuosamente con una Pastorcilla. Amigo mio , al instante, póstrate á los pies de mi divinidad; pídele perdon de tus blasfemias : tú

no

(*a*) Spenser fué uno de los Escritores de la primera edad de la Literatura Inglesa. Vease lo que de él dice *Addison* en sus *Caracteres de los Poetas Ingleses*.

no has visto á Clary, tú no la has oido: no hay magestad mas digna de respeto y veneracion: la belleza es la primera Soberana que han tenido los hombres. Al fin me aventuré á declarar mi pasion á la amable Pastorcilla. Óycla bien, Digby, ella va á hablar, y lo que dice, se graba de tal modo en el corazon, que no puede olvidarse.

Confesáros, Señor, que merecéis mi franqueza, es aspirar á vuestra estimacion: todo lo demas me es imposible. Así que seria inútil disimuláros que vuestra ternura me inclinaria, si me fuera lícito. Yo creo sin duda, que son honrados los pensamientos que han causado ese efec-

to

to que me lisongea : un alma que se explica como la vuestra , no puede faltar á la verdad ; pero , señor , .. olvidadme : á mí no me es lícito ser vuestra , ni de otro alguno : dexadme , dexadme toda á este dolor que me acompañará hasta el sepulcro , y que debe llevarme á él. Yo espero de vuestra probidad , de vuestra compasion , que no insistais mas en querer averiguar la suerte de una muger desdichada ; á quien humillaréis (prosiguió , despidiendo sus ojos un torrente de lágrimas) si sabeis todos sus pesares.

—Yo humillaros, divina CLARY ! decid mejor que queréis negaros á mi afecto y á mis súplicas. Sí , yo os

amo,

amo, y el confesarlo me llena de placer: un amor ardiente y puro me habeis inspirado: cada dia os veo con nuevas gracias: hablad ¿que puedo hacer para merecer vuestra correspondencia?.. Teneis pesares! debiais pagar este tributo á la humanidad? me quitaréis la dulce esperanza de aliviárlos? — No (respondió CLARY) no podeis, señor, hacer otra cosa, que aumentárlos: yo os lo ruego, no me obligueis á revelároslos... Señor... esto me costaria la vida: en nombre de la humanidad os suplico que no alimentéis un amor á que absolutamente no puedo corresponder; yo os pido esta gracia. — Vos lo pedís, bella CLARY!

yo soy quien debo suplicaros: yo os obedezco... os obedeceré ciegamente: no, jamas os volveré á hablar de mi amor, si me hubiese de costar la vida!

Estas palabras iban acompañadas de algunas lágrimas que salian de lo íntimo de mi corazon, y me pareció que ella se compadecia de mi situacion.

Todos los dias veia á Clary. Sometido á la ley cruel que me habia impuesto, guardaba profundo silencio, contento con fixar mis ojos en los suyos, y suspirar: á véces la hallaba en un sobresalto que ella procuraba disimular: á cada instante la encontraba mas digna de mi

ca-

cariño y de mi estimacion. Ella está dotada de un talento fino, capaz de una reflexion profunda, bien que inferior á la sensibilidad que la domina: ¡que alma! no la hay mas delicada, mas noble, mas generosa, mas benéfica! Yo no me atrevia, porque amaba verdaderamente, y quien de este modo ama, teme disgustar: no me atrevia, digo, á valerme de la confianza de las gentes en cuya casa habitaba CLARY. A veces ella dirigia á mí sus miradas, y sus hermosos ojos quedaban oscurecidos con sus lágrimas.

¿Has experimentado alguna vez, DIGBY, el imperio que dan las lágrimas á una muger hermosa? Pue-

de

de decirse que entónces resplandece en la magestad de las gracias: ¡que placer tan dulce, qué éxtasis tan agradable que inspira! Digby, para un alma sensible, este es quizá el mayor de los placeres: en él nada hay que no sea puro y delicado: ¿y quien puede acercarse á la delicadeza? Esta es una flor suave, de que pocos son capáces de respirar el perfume.

La violencia que me hacia en ocultar mi pasion, llegó á términos de alterar mi salud: yo me veia en la precision ó de hablar de mi amor ó vencer una inclinacion imperiosa. Callar fué mi animosa resolucion; pero esta victoria me costó una aguda

da enfermedad, en que yá peligraba mi vida. Entónces escribo á Clary, diciéndole mi situacion: ella viene con la hija del Labrador, la misma á quien yo dí el anillo. Dudo que una divinidad baxada de los cielos, pueda llenar á un mortal de mayor placer, que el que á mí me causó la visita de esta criatura angelical. Jamas Clary se habia mostrado mas hermosa, mas llena de aquel atractivo que produce el entusiasmo del amor. Llegóse á mi lecho, llorando: ¡que lágrimas, Dicby! lágrimas que corriéron por mi corazon. Yo no pude decirle mas que estas palabras: cruel y adorada amiga mia, mirad lo que vos misma habeis hecho! Vues-

Vuestra situacion, Señor, (me respondió enternecida) me llena de dolor, no os lo oculto; yo daria mi triste vida por haceros feliz; pero... vos mismo pronunciaréis mi sentencia y la vuestra: ahora vais á juzgar... si yo sé amar.

Al decir esto, inclina la cabeza, cubre el rostro con ámbas manos, lanzando de sus ojos un torrente de lágrimas. Mezcladas sus palabras con algunos sollozos, prosigue diciendo: yo os sacrificaré mi vanidad y mis secretos: sé que voy á sumergirme en la amargura, en la verguenza, en el oprobrio: á quedar humillada á los ojos del hombre de quien mas hubiera deseado ser es-

estimada. ¿Que me pedís? — Vuestra mano, Clary: pasar mis dias en adoraros, y gozar de mi felicidad... — Vuestra felicidad! ah, señor! no está en mi mano vuestra felicidad ni la mia: ¿es acaso mi nacimiento?... — Clary, que me decis de nacimiento? qual hay que compita con el amor, con la belleza, y sobre todo con la virtud? Vuestra generosidad es quien me engrandecerá á mí, si os dignais... — Detenéos, señor; ese lenguage no os está bien: yo soy quien debe humillarse y confundirse delante del Universo: esta aptitud es la única que me conviene, y la que es conforme á mi estado: ¡dichosa yo si so-

solo nos separase la distancia entre nuestro nacimiento! Pero, señor, vos me hablais de virtud!... Sabed todas mis desdichas; sabed... ay! vos traspasais este corazon: todo os lo sacrifico, hasta morir de dolor: sí, todo lo sabréis: este corazon va á abrirse á vos; este corazon que no puede ser vuestro,.... y que os ama tiernamente.

Los sollozos ahogáron su voz, y tomándole la mano le dixe: ¡me amais, CLARY! me amais! y yo soy causa de esa agitacion! Ah! pueda yo expirar mil veces ántes de daros disgusto! no, yo no pretendo arrancaros vuestros secretos: disponed libremente de vuestro corazon: CLA-

RY, si lo creéis conveniente, no nos veamos mas: á lo ménos tendréis lástima de mí: no podréis negarme vuestra compasion. — Mi compasion! ah! respetable y virtuoso BORSTON! por qué me amais? porque me estimais? yo voy á perder vuestro amor y vuestra estimacion: infeliz! yo no los merezco. En fin, señor, voy á hablaros... voy á hablaros... SUSANA (dixo á la jóven que la acompañaba, mirándola con ojos llenos de tristeza), SUSANA, no dexes de amarme; dignate de amarme, y mezcla tus lágrimas con las mias: yo no tengo nada que ocultar á tu amistad. Entónces se vuelve hácia mí, y lanzando un ay doloridoso

do dice : amado Borston , al fin es preciso satisfacéros ! Esta es la última vez que os veo , que os hablo, que os muestro un alma... Señor! ofrecerme vuestro amor , seria ofenderme : darme vuestra mano , es... es un don que yo no merezco , y de que conozco todo el precio.

Mi nacimiento , señor , no me da rubor alguno : no es él la causa de mi vergüenza ! Yo debí el ser á unos Labradores del Condado de Devonshire. Sus bienes eran suficientes para darme una educacion superior á mi estado , y acaso sus buenos deseos me han sido perjudiciales , pues parece que nuestra vanidad crece con nuestras luces. Mi

padre era de una edad abanzada quando yo vine al mundo: él y mi madre renacian y se complacian en mí: todo les parecia asegurar que yo seria el arrimo de su vejez, el consuelo de sus últimos dias. ¡Que de véces me tomaron en sus brazos, estrechándome en su seno y diciéndome con lágrimas; ó amada hija! fruto dulce de nuestro amor! nosotros te dexamos pocos bienes, pero te damos nuestro exemplo para que lo sigas; el exemplo de una familia entera que en doscientos años, de padre á hijo, ha labrado como nosotros estos campos: su blason ha sido siempre el arado, y su herencia la virtud. CLARY, no olvides nunca

que

que esta virtud es preferible á quanto hay ; que ella es la única riqueza que no perece : aprende á hacer ostentacion de tu indigencia : vive y muere en esta aldea , en dónde te enterrarán á nuestro lado : guárdate de ir á Londres : los moradores de esa Ciudad son corruptores : ellos te perderian , hija amada ! haz como nosotros : la pobreza es ménos difícil de sobrellevar quando la acompaña la honradez : sobre todo que Dios esté de continuo delante de tus ojos.

¡Y yo he abandonado este Dios que ahora me castiga ! todo lo olvidé : falté á mi deber , á la honra, á la naturaleza , á todo. ¿Que podré

deciros, señor? estos amados autores de mi vida, tan virtuosos, tan cariñosos, tan respetables... yo los deshonré.

Diciendo estas palabras, rompió en llanto, pegando su rostro con sus rodillas. Ah! (exclamé yo apretando sus manos entre las mias) no es posible que con tales sentimientos, no seais la muger mas digna de ser estimada: ¿porque titubeais? derramad vuestras lágrimas en mi seno; en el seno de un amigo fiel y tierno, que os acompañará en vuestro pesar.

Entónces ella, alzando el rostro hermoseado con el dolor, me dice: ¿vos lo quereis? — Yo os lo repito, her-

hermosa CLARY, mi corazon hospedará vuestras lágrimas. Los pesares que se confian á la amistad, se hacen mas ligeros, se suavizan... — Los mios, señor, se aumentarán confiándolos; mas puesto que lo deseais... todo lo sabréis.

Yo tenia alguna hermosura; funesto don del Cielo, si ha de perjudicar á la virtud! acaso yo empezaba á conocer esta frivola ventaja, pero sin embargo era digna de mi familia, respirando en aquella dulzura compañera de la inocencia, y cuya pérdida es irremediable: mi alma era un espejo terso que nunca habia sido empañado: verdad es que me dexaba llevar de una sensibili-

dad

dad, que habia de ser el orígen de mis desdichas y de mis desaciertos: mi corazon se abria á todas las impresiones tiernas, quando mi cruel destino traxo á mi pueblo y ofreció á mis ojos el mas amable... el mas detestable de los hombres. A las gracias de su presencia, unia todas aquellas circunstancias que son otros tantos lazos para un sexò demasiado débil: el lustre del nacimiento y de las riquezas, el fausto del exterior, la finura del lenguage; en una palabra, reunia todos los requisitos para seducir. ¡Que enemigo para una edad inexperta! Mi virtud y mi educacion, me prestaban sus armas; yo peleaba y á

vé-

véces conseguia someter las pasiones que procuraban dominarme. Considerando siempre que yo no era mas que la hija de un Labrador, conocia que no era permitido á mis ojos la mas leve mirada, de que fuese objeto el Lord Mevil... ¡El Lord Mevil! (exclamé yo.) Clary, ¿pudo este cruel causaros algun pesar? Yo le conocí como la peste de la virtud; mas al fin yá ha recibido el castigo de su conducta abominable. ¿Pues como? (interrumpió Clary turbada.) — En un desafio le acaban de dar muerte, yendo á Alemania. — ¡Murió yá! (prosiguió Clary, levantando las manos al cielo:) pueda el arrepenti-

timiento sincero haberle abierto los ojos! quiera la divina justicia contentarse con sola su muerte! Ese es, señor, ese es el autor de todas mis desdichas, de mis extravios, de mi eterno y amargo dolor!

Mevil se introduxo en casa de mis padres, sin que yo me acuerde con que motivo, y sin duda fué para buscar mi perdicion. Desde el instante en que me vió la habia meditado: volvió varias veces á nuestra aldea, buscó la ocasion de decirme algunas palabras, cuyo sutil veneno penetró en mi alma como un fuego rápido y voraz; al fin me escribió, y ved ahí el orígen de mis desventuras, ó mas bien de mis funestos errores. No habiendo tenido

re-

resolucion para no admitir el billete fatal, acabó este de rendir mi yá débil virtud. Perdí de vista la honradez, el exemplo de mi familia, la Religion, la Religion tan necesaria á nuestra debilidad; y olvidándólo todo, dí una cita al pérfido Mevil. En esta ocasion fué quando desplegó todo el artificio de su malvado ingenio: arrójase à mis pies, los inunda con sus lágrimas, me jura que será mi esposo, añadiendo que es menester que yo vaya á Londres en donde nos casarémos: pone á mi vista la perspectiva mas halagüeña de los placeres, de la grandeza y de los bienes: exîge en fin de mi amor, que mis padres no sepan el proyecto, y que me separe de su

se-

seno sin confiarles nuestra partida. Yo le amaba, y habia ahogado todas las voces de la virtud; pero aun escuchaba las de la naturaleza, y no podia faltar á ella en términos de dexar á mis padres, sin noticiárles á lo ménos el motivo de nuestra separacion. Mevil nota que su intento me hacia extremecer, y que el amor iba á ser vencido: entónces saca su espada con furor, quiere arrojarse sobre ella; yo crédula tiemblo y le detengo. Mi delinqüente cariño venció; todo le prometí.

¡Que afectos luchaban en mi pecho, la víspera de esta funesta partida! Jamas mi respetable familia, me habia dado tantas pruebas de cariño

y

y de amor. Mi corazon, cubierto de luto mortal, luchaba con un torrente de lágrimas que pugnaba por abrirse libre curso. Dexar unos padres benéficos y dignos de ser adorados! privarme del gusto de consolárlos, y sostenérlos en los límites de la vida! abandonar su vejez al horror de la pobreza! engañarlos! ultrajarlos! traspasar el seno que me alhagaba! ¿podia yo resolverme á ello? Amada Clary (me decia mi padre casi llorando) ¿conoces quanto necesitamos de tí para ser felices? Para tí sola cultivo estos campos, y los riego con mis postreros sudores. Hija mia, mis pies están yá en la sepultura: tú cerrarás

rás muy pronto mis ojos. Al oir estas palabras, mi madre me estrechaba en su seno llorando, y tendia la mano á mi padre. Entónces yo, arrojándome á sus brazos, exclamé: ¡ó padres mios! sabed....

El Lord, el pérfido Lord entra, y viéndome pronta á descubrirlo todo, me da una mirada que me dexó vacilante entre el amor y la naturaleza. Turbada, llena de asombro, perdí el conocimiento y la voz; llévanme á mi cama, y á la mañana siguiente me hallé en una silla de posta, al lado del Lord, y á veinte millas del condado de Devonshire. Despues supe como los criados de Mevil habian entrado á mi aposen-

to, y llevádome al coche de su amo.

¡Que momento, señor, aquel en que volví en mí! yá no habia remedio: yá no era posible volver al seno paternal. La virtud habia huido de mi vista para siempre: yá no veia mas que mi pasion, mas que el corruptor de mi alma, que se mostraba á mis ojos con un aspecto bien diferente. Llegados á Londres, solo me contenté con llorar por mis padres, con amar su memoria, entregandome en fin á la voluntad del vil Lord, baxo palabra de un casamiento, que se dilataba cada dia.

La fortuna me abrumaba con sus dones: todos los placeres, las ilusiones mas halagüeñas, parecian

volará prevenir mis deseos. Un tropel de adoradores me cercaba, alimentando la ilusion en que el Lord queria mantenerme; pero luego que apartaba los ojos de estos prestigios, quando dirigia mi vista á lo íntimo de mi corazon ¡que espectáculo se me presentaba! la naturaleza afligida gemia; yo veia, en mi corazon sangriento, la imágen de mis desventurados padres, que lloraban la pérdida de una hija arrancada de sus brazos; su hija deshonrada, que me pedian á mí misma con toda la ternura y todo el dolor del acento paternal: veíalos expirando, tendiendo sus brazos desde el lecho en que esperaban la muerte! Ah! señor,

que

que horrible situacion! y quan poco valen los bienes sin la tranquilidad de la inocencia! Quisiera ir á arrojarme á los pies de mis padres, abrazarlos y morir allí; pero el tumulto de un mundo corrompido, destruia estos dichosos impulsos, confundiéndose con el dolor profundo que me devoraba.

Un dia, Mevil, en compañía de varios amigos, me lleva al teatro. El concurso era lucido: una pieza nueva se representaba, de cuyo título no me acuerdo. En una escena del Drama, salia un anciano, cubierto de blancas canas, con un azadon en la mano, que parecia el retrato de la respetable pobreza, y

decia á una jóven engalanada y llena de diamantes: *ah, hija mia, bien veo las riquezas ¿donde están tus virtudes?* Yo exclamé: *ah! padre mio!* y caí sin sentido.

Este grito, segun luego me contaron, fué oido de los espectadores. Al abrir los ojos, me hallé en casa del Lord, rodeada de algunos de sus amigos, que buscaban los medios de volverme á la vida. Deshágome de sus brazos, y corro pálida y turbada, á echarme á los pies de Mevil. Mylord (le dixe) yo acabo de oir en el teatro, mi sentencia y mi deber. Tened piedad de esta infeliz, á quien habeis conducido á sus primeros errores. En premio de mi

amor,

amor, os pidó la reparacion de mi honra: volver á ver á mis padres, poder ofrecerme á sus ojos, y gloriarme de su pobreza! ocultarme y expirar con el nombre de esposa vuestra, en aquella aldea donde hallaré la cuna que me vió virtuosa é inocente!.. Mevil, no imploro de vuestra generosidad, de vuestra humanidad, ni vuestro estado, ni vuestros bienes: solo quiero el nombre de esposa. Yo no os he dado causa para que tengais rubor (añadí abrazando sus rodillas): tenga yo con este nombre, el consuelo de llorar un dia, un solo dia, en el seno de mi padre y de mi madre, y luego sepultadme en una oscura man-

sion, arrojadme en un calabozo, despedazad mi seno, dadme la muerte, que yo os bendeciré. Pensad, Mylord, que la promesa de ser vuestra esposa, me seduxo y me ha perdido. ¿Quereis abusar de la debilidad de una desventurada, que no tiene sobre la tierra quien la ampare sino vos?

Los amigos del pérfido Mevil se retiráron sin poder negarme sus lágrimas, no quedando con él mas que sus criados. Entónces toda la maldad y protervia de aquel monstruo, se descubre para abrumarme. El furor centelleaba en sus ojos. — De donde (me dice) os viene tal audacia? es el teatro donde habeis adqui-

quirido esos pensamientos tan extravagantes? No esperaba yo semejante declamacion. ¿Y quando pudisteis pensar que Clary habia de ser Lady Mevil?

Iba á proseguir, quando levantándome con precipitacion, tomo un cuchillo que estaba sobre la chimenea; este (le dixe) me sacará de mis desdichas. Mevil se arroja á mí, me quita de la mano aquella arma, yo caigo sobre una silla sin poder casi alentar.

No, bárbaro, (exclamé, corriendo dos arroyos de lágrimas por mis mexillas) no podras impedirme que me arranque una vida, que me has hecho aborrecible. Despues de ha-

berme quitado mi honra, este bien preferible á la existencia, todavía estorvas mi fin, el fin de mi vergüenza y de mis tormentos! Cruel, vuélveme á los sitios, testigos de mi inocencia; vuélveme la inocencia que era mi único tesoro; vuélveme á aquellos padres desdichados de que me he hecho el oprobrio: déxame que puedan recibir mis postreros suspiros; que yo muera en sus brazos: ellos me perdonarán; me compadecerán á lo ménos... ellos no culparán mas que á tí; á tí que me engañaste... Ah! Mylord, merecia yo tal castigo? y si yo tengo culpa, ¿debiais vos castigarme?

Entónces se acerca tendiéndome

la

la mano; pero irritada, exclamé: vil, ¿quereis juntar á la maldad, la falsedad? asesinadme, abrid, abrid este corazon que habeis corrompido... ¿Esa crueldad se extenderá hasta negarme la muerte? No hay otro consuelo para mí, ni mas asilo que el sepulcro.

Las lágrimas y los sollozos ahogaban mi voz: yo estaba sepultada en lo que puede llamarse la estupidez de los dolores. Mevil se retira algo confuso, habla al oido á una criada que me servia, y ella movida de mi suerte, busca los medios de consolarme, diciéndome que Mylord estaba enternecido, y que no dudaba de nuestro desposorio. Pero

el

el velo estaba yá corrido: yá no podia halucinarme: el alma atroz de Mevil se habia manifestado claramente. Betty (que este era el nombre de la criada) me lleva, ó por mejor decir, me arrastra á mi aposento.

Allí me ví combatida de un tropel de pensamientos, que se destruian sucesivamente. Fácil me es morir (me decia á mí misma): la existencia me es una carga pesada; ¿pero no he ofendido yá bastante á la virtud y á la Religion? Necesito todavía de mas crímenes? ¡Dexár de existir! no veré mas á mis padres queridos! ah! ellos recogerán mis lágrimas, mi vida... sus bocas sellarán mis labios moribundos. Fi-

Finalmente, despues de un fluxo y refluxo de agitaciones contrarias, adopto un proyecto, y me muestro mas tranquila. Betty, creyendo que me iba á entregar al sueño, me dexa. Entónces me resuelvo á executar el designio que era mi único recurso, repitiendo en lo íntimo de mi corazon: ¡ó madre amorosa! ó padre respetable! dignaos de abrirme vuestros brazos: vosotros no me negaréis el placer de esperar á vuestros pies el fin de mis desgraciados dias: pueda la sin ventura Clary morir con vuestra bendicion!

Al punto me visto mis primeros vestidos, sobre los quales muchas véces habia en secreto derramado mis

mis lágrimas. Ay ! ellos me recordaban aquel feliz tiempo de oscuridad , en que era virtuosa ! Dexo al malvado seductor todos sus dones venenosos , sin conservar mas que un pequeño anillo de poco valor que me dió uno de mis parientes , y de que pensaba deshacerme al salir de Londres. Horror me hubiera causado una sola moneda que fuera de Mevil. ¡Con que vergüenza , con que indignacion miraba aquellos riquísimos vestidos , aquellos diamantes con que el pérfido habia adornado su crímen y mi deshonra ! Yá me parecia que mi pobre vestido me habia vuelto aquella inocencia , cuya pérdida será la causa eterna de mi dolor y de mi llanto.

La

La situacion de mi aposento, que estaba en el primer piso, favorecia mis intentos. Una de mis ventanas, con la ayuda de una sabana hecha tiras, facilitó mi evasion. Ántes de abandonar aquella odiosa mansion, tomé la precaucion de dexar sobre una mesa, una carta para el Lord, la que contenia poco mas ó ménos estas expresiones, que nada costará á mi dolor recordarlas.

"No queriendo darme muerte, »porque todavía temo al cielo can»sado de mis culpas, y aspiro á »exhalar mi último aliento en el se»no de mis padres, he tomado la »única resolucion que me era con»veniente, el detestaros, el ceder

»á mis remordimientos, y huiros pa-
»ra siempre como de mi asesino, co-
»mo del usurpador del único bien
»que poseia una desdichada muger.
»Pérfido Mevil ! vos me habeis ar-
»rancado de los brazos paternales!
»os habeis burlado de los juramen-
»tos mas sagrados ! me habeis qui-
»tado mil veces mas que la vida,
»dexándome, en premio de mi de-
»bilidad, el oprobrio, una mancha
»eterna, que se extenderá hasta mis
»cenizas ! mi deshonra vivirá ! . . .
»¡ Bárbaro ! que muger amaba mas
»la virtud ? y yo la he ultrajado,
»yo he hollado esta virtud cuya pér-
»dida es irreparable ! ¿Con que ojos
»me mirarán mis padres ; aquellos

»an-

»ancianos que pueden ofrecer á mi »vista, el espacio de sesenta años de »una vida irreprehensible, quando »yo, contando apénas diez y siete, »yá soy el baldon de mi familia, de »los sitios que me vieron nacer; »quando mi deshonra está colma»da?.. Ah! Mylord! yo voy á mo»rir, pues yá no es posible vivir »con el peso de tanta ignominia. Sí, »pronto baxaré á la tierra, y desde »las puertas del sepulcro los gritos »de mi dolor y de mi desesperacion »llegarán hasta vuestros oidos, irán »á acusaros, á atormentaros, á cas»tigar... Quizá el arrepentimiento »nacerá en vnestra alma y me con»cederéis algunas lágrimas; pero

»yá

»yá será tarde, Mylord, yá no se»rá tiempo! Acordaos que solo os »pedia tener un solo instante el »nombre de esposa vuestra: yo hu»biera á lo ménos expirado con hon»ra. Nadie sobre la tierra me pro»tege, nadie me favorece, ni se ha »dignado de presentaros la afrenta »hecha á mi inocencia: todo ha re»chazado mis voces, é insultado á »mis quejas. No es yá la justicia »humana la que reclamo, sino la »justicia divina y todo su rigor: »esta justicia incorruptible, que no »conoce ni grandezas ni dignidades, »que juzga los Lores y los condena »como el último delinqüente. Tem»blad, vil Mevil: á ella os aban-

»do-

»dono. Si en este mundo el débil se »ve oprimido, en el cielo tiene un »defensor. Dios se alzará, tomará »mi causa en sus manos; á sus pies »llevo mis lágrimas."

P. S. "En mi aposento halla»réis todas vuestras dádivas despre»ciables. He tomado mis antiguos »vestidos, los únicos que me son »propios: ¡oxalá pudiese con ellos »volver á mi estado de honradez! »Solo me llevo mi corazon, este co»razon despedazado por los remor»dimientos, lleno de una vergüen»za eterna; y abrazaré con alegria »la miseria que nunca me causará »rubor."

Luego que estube en la calle,

empezé á caminar precipitada, pareciéndome que no me alexaba todavía lo que quisiera de aquella fatal mansion. Temblando, azorada, en la oscuridad de la noche, volviendo el rostro á cada paso, en violenta agitacion, sin saber adonde iba... oigo ruido, acelero el paso, veo que me siguen. ¿Pues cómo (me dice un hombre, que conozco ser el Capellan del Lord) ¿á estas horas por la calle? y adonde vais? — Ah! señor WICKMAN... voy... socorredme en nombre de Dios: no me obligueis á volver á esa casa abominable; amparadme, y haréis una obra digna de vuestro santo Ministerio: yo voy á dexar, á abandonar para

siem-

siempre á Mylord y al crímen: á echarme en el seno de la virtud y de mis padres: favoreced mis intentos, no me negueis vuesto auxilio.

Este hombre, que no habitaba en casa del Lord, me dice que entre en la suya con toda seguridad, prometiéndome su amparo, y ofreciéndose á servirme en quanto pudiese.

Entro pues, y me lleva á una sala baxa, donde me senté, y en breves razones le conté todas mis desdichas. ¿Podréis creerlo, señor? El infame hipócrita, de quien yo esperaba piedad y caritativo zelo, se aprovecha de aquel instante de dolor y turbacion, para usar de un

lenguage múy opuesto á lo que á su carácter convenia. Entónces conozco mi imprudencia, y veo quan difícil era repararla. El monstruo quiso usar de violencia: yo me valgo de las lágrimas, de los ruegos, de la reprehension: me arrojo á los pies del indigno ministro, diciéndole: ¿podeis olvidar de este modo vuestro deber, la Religion, la naturaleza, la humanidad? la humanidad que os presenta mis lágrimas? Yo vengo á refugiarme en vuestro seno, como en el del mismo Dios; miro vuestra casa como un templo, y quereis abusar de la confianza de una jóven desdichada que, despues del cielo, os busca como á su angel tu-

telar!.. ¡ó Wickman! no añadais delitos á los delitos de Mylord: bastantes tengo yá sobre mí: sed mi amparo y servidme de padre.

Este hombre inflexible, iba á valerse de la fuerza; yo corro á la ventana gritando y pidiendo favor para una infeliz muger. Wickman enfurecido me pone un pañuelo en la boca.

Entónces oigo que llaman á la puerta: Wickman no abre: los golpes son mayores, la puerta cae al suelo. Un jóven, cuyo trage manifestaba ser militar, entra con la espada en la mano: yo corro á sus pies, diciéndole: quien quiera que seais, defendedme del hombre mas

malvado. El militar me hace levantar, y le cuento claramente la causa que me habia expuesto á la perfidia de WICKMAN. Cónfiad en mí (me dice:) que veréis, que las personas de mi estado saben honrar la virtud, miéntras ese miserable, olvidándose de su carácter, solo deseaba ultrajáros: y tú, infeliz (añadió volviéndose á WICKMAN) tu baxeza te libra del castigo. Vamos, Miss, seguidme.

Mi libertador tendria unos veinte y cinco años, y en su rostro brillaba la nobleza de su alma. Dominada del dolor y del temor, me entregué á la generosidad del incógnito, resuelta á terminar mi vida, si

tenia la vileza de abusar de mi confianza, y persuadida á que el Altísimo miraria con alguna indulgencia este último crímen, en favor del motivo que me movia á disponer de mi vida.

Las fuerzas me faltaban, y el oficial conociendo que mi temor crecia, me dixo: vuelvo á deciros Miss, que nada teneis que temer: descansad en mi probidad, y creed que mi juventud no me impide el conocer la delicadeza en el pensar, ni el placer de cumplir los deberes del hombre de bien.

Mi turbacion casi no me dexaba oir sus palabras. Llegados á la calle de Norfolk, se pára delante de una

puerta, y llama á un criado, que viene y abre. Entramos en un aposento aseado y nada ostentoso, y me dice: yo no tengo mas de dos quartos, que son éste y otro en el segundo piso. Aquí podeis descansar, y por la mañana temprano partirémos á caballo. Yo os llevaré á casa de mi madre, que habita á seis millas de Londres: allí podrémos librarnos de las pesquisas del Lord, y despues, si lo permitís, os acompañaré á casa de vuestros padres.

Yo miraba á mi protector, sin saber, si despues del riesgo en que acababa de verme, debia dar crédito á un proceder, que me parecia sincero. Luego supe que se llamaba

Sir

Sir Brown ; que era único en su casa , y servia en la marina : pasando por la calle oyó mis voces, y entró á socorrerme. Mis lágrimas eran mi única respuesta. Llorais , Miss, (prosiguió) creed que siento vuestros pesares : pero pensad que volveis al seno de vuestra familia, donde olvidareis al detestable Mevil, y sereis el contento y la satisfaccion de vuestros amados padres.

Diciendo esto se salió, dexándome sola en el aposento. Mi desconfianza renacia cada instante : cierro la puerta y exâmino si lo estaba bien , arrimo á ella una mesa y quantas sillas pude , y despues de poner la luz sobre la chimenea , me

echo en un sillon recostando la cabeza sobre las rodillas.

Agitada del temor y de mil pensamientos, me levanto, me postro de rodillas implorando el cielo con gran fervor, y luego me vuelvo á sentar algo mas tranquila. Dios veia mi corazon, y en él la sinceridad de mi arrepentimiento, mi confianza en su proteccion, en aquella proteccion que se manifiesta en los mayores peligros, quando yá nos abandona hasta la esperanza en lo humano. El sueño me venció entre mil pensamientos lúgubres, y un sueño horrible vino á dar mas fuerza á estas ideas melancólicas.

Yo me veia en un subterráneo

en

en que ardia una lámpara sepulcral, y me hallaba cayendo en una sepultura. Ví un anciano, cubierto el rostro con sus blancas canas, que corria diciéndome: "no eres tú quien »ha de morir: para mí está destinada esa sepultura: mira adonde me »lleva mi hija?" Yo reconozco á mi padre, voy á abrazarle: "apártate »(me dice) ó si te acercas, tiende »sobre mí ese paño." Un paño de entierro me ví entre las manos; lanzo un grito, oigo caer la tierra que arrojaban en la sepultura, y una voz sepulcral que decia: "aquí te »esperamos."

Despiértome horrorizada; la luz estaba expirando, y oigo á Sir

Brown que me llamaba diciendo: yá os esperamos: abrid, Miss, que yá es hora de partir. Levántome y abro, y Sir Brown con semblante disgustado, me dice: ¿pues como, Miss, no os habeis acostado? en que he podido daros desconfianza? yo me lisongeaba de que estariais sin sobresalto alguno. ¿Porque me ofendeis, Miss, (añadió enternecido.) ¿Creeis acaso que todos los hombres son tan viles como Mevil y Wickman? Creed, Miss, que tambien hay corazones sensibles, y no me parece que sois vos quien puede recelar de mí. Estos son (repliqué) generoso defensor mio, los nuevos crímenes del Lord y de su familiar: ellos me hi-

hicieron pensar así de los demas hombres ; y ahora veo, con tanto dolor como gratitud , quanto me he engañado : yo os suplico me perdoneis : veo que conoceis el sumo precio de una accion generosa , y tal vez no la hay mas digna que la de proteger una desdichada, cuyos únicos deseos son de volver á la senda de la virtud.

Traxéronos el té , y al amanecer nos pusimos en camino. No tardamos mucho en llegar á la casa de campo , donde se habia retirado lady Brown.

Esta Señora, que habia sido hermosa , conservaba todavía aquella dignidad de fisonomía , aquella ma-

ges-

gestad y atractivo, que puede llamarse la belleza de la virtud, y que es mas durable que á las gracias exteriores. Recibióme con aquel ayre de bondad que inspira cariño y confianza: su hijo le contó brevemente la historia de mis pesares; yo le confesé ingenuamente todos mis yerros: mi sinceridad la enterneció, y se dignó de abrazarme, abriendo su seno á mis lágrimas.

En esta casa respetable, pasé algunos dias, colmándome lady Brown y su hijo, de atenciones y de consuelos que me penetraban de reconocimiento; pero esto no impedia que viviese impaciente por ver á mis padres, lo que conocido por lady

Brown

Brown me hizo este discurso que, jamas se borrará de mi memoria.

Yo sentiria, Miss, ser la causa de que os detengais mas en esta casa. El lord Mével, sin duda cansado de inútiles pesquisas, habrá renunciado al infame intento de estorvar vuestra vuelta á casa de vuestros padres. Id pues, amada Clary, id á sus brazos: rara vez el seno de un padre y de una madre, dexa de ser el refugio de la tranquilidad y de la virtud. En él podeis depositar vuestras lágrimas y ese remordimiento que os hace acreedora al amor paternal. Creed que la indulgencia con los hijos es un deber. La naturaleza humana es tan débil!

es tan fácil caer en un error! Despues de la felicidad de no haber errado, lo mas digno de aprecio es el arrepentimiento. La imprudencia es el orígen de vuestros yerros, y ella es la que causa la perdicion de mucha parte de las jóvenes de nuestro sexô. Amada Clary, (prosiguió, echándome los brazos al cuello) creed firmemente que la virtud no es una chîmera: aquellos mismos que la ultrajan, se ven precisados á respetarla en lo íntimo de sus corazones: ni el oro, ni la grandeza, pueden resarcir su pérdida: yo os lo repito, solo el arrepentimiento la restablece en toda su pureza, y vos pareceis penetrada de él.

Vos

Vos cedisteis á la seduccion; Móvil es el principal delinqüente. El cometió la baxeza de abusar de vuestra corta edad y de vuestra poca experiencia: el cielo os vengará: sirva vuestro yerro para inspiráros una eterna desconfianza de vos misma. Sobre todo, hija mia, no os dé rubor el volver á las labores del campo: considerad que este fué el estado primitivo de todos los hombres, y sin duda el mas inocente y mas honroso: este no cuesta mas que un noble sudor, quando los otros se compran muchas veces al precio del abatimiento del alma, y á costa de baxezas. Miéntras los primeros hombres fueron labradores, se mantu-

vieron sin envidia ni ambicion y amáron la virtud ; el interes les esperaba en las ciudades. Luego que alzaron sus manos del arado , dexaron de practicar los deberes del hombre ; pero ellos han recibido el debido castigo en no volver á gozar de los placeres de la naturaleza. Hija mia , no es labrador quien os ha seducido : tened ánimo para mostrar vuestro exemplo á vuestras compañeras , y en él aprendan que les está reservada igual suerte , sino hacen esfuerzos para librarse de las astucias de estos perversos seductores... ¿Llorais, Clary? dexad correr vuestras lágrimas: esas lágrimas, hijas de vuestro arrepentimiento, no

lo

lo dudeis, aplacarán al Dios que nos mira desde el cielo: ¿y como los hombres podrán no compadeceros? ellos os perdonarán, ó mas bien, os estimarán: otra vez os lo repito, nada enternece tanto como el arrepentimiento sincero. A Dios, hermosa y desventurada Clary, escribidnos alguna vez, y acordaos siempre que en mí y en mi hijo, teneis unos amigos que no saben mudarse.

Llorando me arrojé á los pies de lady Brown, quien me levantó al instante, abrazándome de nuevo con el mayor cariño.

Dispuesta yá para partir, sir Brown hizo que se dilatase algunos dias mi viage. A veces le sorprehen-

dia con los ojos clavados en mí y llenos de lágrimas : otras veces suspiraba , queria hablarme , y apénas podia pronunciar mi nombre. En fin despues de varias dilaciones, el instante de mi partida llegó , siendo sir Brown el que mas aceleraba lo que tanto habia procurado alexar. Su madre , usando de la delicadeza que solo conocen las almas sensibles , temiendo darme disgusto en ofrecerme algun socorro , tuvo la bondad de comprarme , por mucho mas de su valor , aquel anillo que pensaba vender al salir de Londres. Por último me separé de mi bienhechora con sumo dolor mio, acompañándome su hijo, á quien supli-

pliqué inútilmente que no se tomase tal molestia.

Sir Brown habló muy poco en el camino: la melancolía estaba profundamente grabada en su rostro, y continuos suspiros salian de su pecho. A tres millas de mi aldea, debiámos separarnos; y á medida que nos acercábamos á este término, veia que su tristeza se aumentaba. A cada instante me preguntaba quanto nos faltaria para llegar. Al fin llegamos al sitio señalado para nuestra separacion, que era una casa de labradores. Dí las gracias á mi protector con el mas vivo reconocimiento. El Cielo (le dixe) recompensará tanta generosidad, pues

él solo puede satisfaceros por mí. — ¿Yá vamos pues á separarnos? (me respondió.) — Yá es tiempo, señor, de que vaya al seno de mis padres, á derramar en él las lágrimas que tanto tiempo han estado detenidas.

Entónces nos despedimos; él me toma la mano, y la siento regada con sus lágrimas: me mira con ojos enternecidos, y al ir á hablarme cae sin sentido: yo dí un grito, y acudieron las gentes de la casa inmediata. Vuelto yá en sí, quedamos solos, y le manifesté quanto me pesaba este accidente. Miss, (me dixo) os ruego que os senteis, y me oigais: yo queria guardar el silencio, pero no he podido vencerme:

es-

esta es, segun parece, la última vez que nos vemos ; permitidme que os hable.

La humanidad me obligó á ir en vuestro socorro : vuestra situacion me inspiró el mas vivo y puro afecto. Vuestro dolor , vuestra sinceridad , todo os hermoseaba á mis ojos. Amándoos pues desde el primer instante , ¿como no habia de respetaros? Mi amor pues, y no mi generosidad , fué quien procuró serviros: por eso veréis que no solicito ninguna correspondencia. Este cariño se ha ido siempre aumentando : veros era mi sumo placer : una palabra de vuestra boca me encantaba; al fin , para cumplir con la probi-

dad, de improviso, como podeis haberlo notado, despues de tantas dilaciones, aceleré el instante de vuestra partida. El motivo que tuve, es este: mi madre, que me ama tiernamente, tiene determinado que dé la mano de esposo á una parienta mia: si yo retractaba mi palabra, mi madre adorada no tendria consuelo: yo quiero cumplir sus deseos, y recibiré la esposa que ella me da, quando un acaso feliz me presentaba la que tal vez el Cielo me tenia destinada. Sí, amada Clary, yo aspiraba á corregir los yerros del indigno Mévil: hubiera dado la debida recompensa á la virtud abatida; os hubiera ofrecido mi mano;

pe-

pero yá no hay que pensar en ello; mi único afan ha de ser el sofocar este amor. No os pido respuesta alguna, y parto con la esperanza de que tendréis lástima de mí.

Aun no habia acabado estas palabras, quando se levanta con precipitacion, monta en su caballo, y desaparece.

Tales procederes, señor, no podian dexar de enternecerme. No fué menor mi admiracion, quando me hallé sobre mí un diamante que me pareció de gran precio. Al punto escribí una carta al generoso sir Brown, para suplicarle me conservase en su amistad, y guardase aquel presente que me humillaria á sus ojos y á los mios;

mios ; añadiendo que , si los sentimientos que son independientes del amor podian causarle alguna complacencia, yo la tendria en concedérselos todos. Ay, señor ! (me dixo la Pastorcilla adorable) todavía no habia yo conocido lo que era amar: yo me engañé en los primeros movimientos de mi corazon : solo la virtud conoce el verdadero amor. Concluia mi carta (prosiguió) exhortando á mi bienhechor,á que se conformase con los deseos de su madre, y efectuase el casamiento de que me habia hablado : por último le decia, que una infeliz como yo, debia renunciar para siempre, á todo lo que es amor , y gastar su vida en llorar

sus yerros. Esta carta, juntamente con el diamante, la remití á sir Brown, por mano de una persona abonada, que me buscó el Cura de aquel Lugar.

Yá me acercaba á los sitios que me vieron nacer; ¡que tropel de reflexîones me atormentaban! la vergüenza, la alegría, el dolor, aquel placer dulce que se siente al ver su propia cuna, todos estos afectos agitaban mi alma: veia unos ancianos respetables, que movidos de mis lágrimas, me abrian sus brazos; volvia al asilo de la pobreza y de la inocencia: aquel hogar, que vió mi infancia en el seno de la virtud, iba á recibir la sin ventura Clary, bien

di-

diferente ahora de aquella CLARY, que era citada en la Aldéa, como un modelo de honestidad: á lo ménos moriria en el lugar de mi nacimiento, si no podia soportar la carga inmensa de mis penas.

Pregunto á un hombre que salia del Lugar, si tenia noticia de mis padres, y oigo... ó Dios mio! y yo soy, yo soy la causa!.. que habian dexado su morada, desconsolados con mi fuga, llorando por mi vida, mas cruel sin duda para ellos, que les hubiera sido mi muerte. Estos padres amados (y aquí los sollozos no dexaban hablar á CLARY) yá no los he vuelto á ver! no he podido averiguar donde se habian refugiado!

do! ay! yá no los volveré á ver! jamas, jamas los veré: ellos amaban la virtud y la Religion; ellos habrán expirado de dolor!

Yo procuré soşegar este dolor profundo de Clary, buscando las palabras que pudieran consolarla. No perdamos la esperanza (le dixe) de encontrará vuestros padres. ¿Porque desconfiais del cielo? La virtud desgraciada tiene al fin su recompensa... Ah! señor, (interrumpió Clary) eso es lo que me traspasa el corazon! si no hubiera faltado á la virtud, á esta virtud que yo amaba en el tiempo mismo que la ofendia, llevaria mis males con resignacion; esperaria mi alivio del cielo;

pe-

pero yo le he ofendido, él me castiga, y toda su ira cae sobre mí.

Seguí pues mi camino (prosiguió Clarx) volviendo muchas veces el rostro á mirar aquella aldéa de que no sabian apartarse mis ojos, y á veces me parecia distinguir nuestra casa cubierta de rastrojos: ¡que sensaciones tan dolorosas me agitaban! cruel Mevil!

En fin, señor, llegué á esta casa, en la que estoy empleada en los mas viles ministerios, si es que pueden llamarse viles, despues del vilipendio y del oprobrio que yo he derramado hasta sobre la memoria que quedará de mí. Este es el verdadero envilecimiento! yo debo estar abati-

tida entre las mas viles criaturas: y oxalá que así pudiese lavar mis manchas! En esta suma desdicha, me queda algun consuelo: solo tengo diez y ocho años, y no me ha faltado resolucion para no esperar á aquella edad, en que el dexar el vicio, es una precision: yo viviré y moriré entre llantos: tal vez la sinceridad y la firmeza de mi arrepentimiento, me harán ménos criminal á los ojos de aquel Juez Soberano, á quien he ofendido; porque es preciso, señor, renunciar á la esperanza de recobrar la estimacion de los hombres ni de mí misma; mi única esperanza está en Dios. Si á lo ménos tuviese el gusto de abrazar á los

ama-

amados autores de mi vida ; de derramar mis lágrimas sobre sus trémulas manos , de ayudar en algo á su cansada vejez!.. Pero en vano me alimento de una esperanza falaz! yá no es posible dudar que habré causado su muerte : ¿ como habian de resistir á mi deshonra ? á esta deshonra de que ellos habrán participado ? Yo les he arrancado la vida, en premio de habérmela dado, y en recompensa de tantos beneficios! Mi sueño , no lo dudo , fué verdadero : una hija , una hija , á quien tanto amaban , es la que los ha arrastrado al sepulcro.

Esta historia fiel de mis desdichas , os manifiesta , señor , vuestro de-

deber y el mio: yá veis que no puedo ser vuestra:.. yo os amo, y esto sirve para aumentar mis pesares. Mejoraos, señor; sed mi amigo, mi protector; honradme con vuestros consejos; compadeceos de mí; pero olvidad para siempre un intento que solo serviria en daño de ámbos. Dexadme, señor, dexadme llorar eternamente el haber perdido todos los derechos de que goza la virtud, á pesar de las adversidades que la afligen. Yo no puedo ser vuestra; nada teneis que responderme... Vamos, Susana, volvamos á casa.

Yo quise detener á Clary, la llamo, pero yá no podia oirme, dexándome entre mil pensamientos que

luchaban entre sí. Aquellas ideas vulgares y parasitas que se adquieren en la sociedad, con mil extravagantes preocupaciones, me mostraron desde luego, una muger que, aunque no habia caido mas que en un yerro, debia no obstante sufrir el castigo por toda su vida, siendo preciso separarla del número de aquellas mugeres que, al abrigo de un acto sagrado, pueden libremente entregarse á la disolucion sin miedo de la deshonra. Clary mirada por este lado, estaba culpada y debia ser despreciada en el mundo. Despues de esto, yo me atrevia á pensar por mí mismo, á despojarme de las ideas comunes sin servirme mas

que

que de mi propio fondo, y entónces veia, no con los ojos agenos sino con los mios, una jóven desgraciada, expuesta á la seduccion y á la maldad, abandonada á la debilidad de una edad ignorante de quanto la rodea: la veia convertida á la virtud en el punto en que su belleza estaba en todo su explendor. Una jóven, hermosa, de diez y ocho años, que sabe despreciar quanto la alhaga; que tiene el valor de abrazar el estado mas humilde, de conformarse con la mayor miseria; que está expirando de remordimientos, ¡que espectáculo, DIGBY! quan profundamente se gravó en mi alma! ... Yá está resuelto, DIGBY; yá no

 hay

hay que dudar ; tomo la pluma , y escribo estas palabras al dueño de mi corazon.

"Todo está resuelto. Un verda-
"dero arrepentimiento os conmueve:
"amais la virtud ; me amais : quien
"conoce todo el precio de la honra,
"yá la ha recobrado : mi razon mis-
"ma os defiende. Esto es deciros que
"seréis mi esposa , y que jamas lo
"será otra."

He aquí la respuesta.

"Sí, es verdad que os amo , ¡y
"en premio de mi cariño me privais
"de la única dicha que me sea per-
"mitida! Obligacion era de la amis-
"tad el enxugar mis lágrimas , y
"hasta ese consuelo me quitais. Yá

"no

»no me volveréis á ver ; huir es mi »deber ; yá dexo el retiro á que me »habia acogido, y donde vos vinis- »téis á ofreceros á mi vista. A Dios, »para siempre! ¿Como pudiera atre- »verme á ser vuestra esposa? yo! »yo que no merezco la compañía del »último de los hombres! No ; mi »deshonra es solo para mí : conser- »vad intacto vuestro honor. Creed »que quien sabe arrepentirse, sabe »morir, y que no es este mundo »donde habemos de estar unidos. »Todo lo que puedo daros es mi es- »timacion, mi amor, un amor que »no es digno del vuestro, pero que »sabe sacrificarse. ¡Oxalá que solo »hubiese en mí el reconocimiento

„que os debo! Estad cierto que este „proceder me lo ha inspirado mi ca„riño: acaso me costará la vida; „¿pero que es la vida? ¡Pluguie„se al cielo que os pudiese hacer „otra ofrenda!"

Acabando de leer esta carta, vuelo á la casa de CLARY, y encuentro aquellas gentes desconsoladas. CLARY se habia ausentado. Allí exclamaban elogiando sus bellas qualidades, y lamentándose de su ausencia: mil veces me repetian que era un ángel en candor y en beneficencia: el padre, la madre, los hijos, todos lloraban por CLARY. Yo les pedí que me contasen hasta las mas leves circunstancias: ellos no-

ta-

taron que ántes de dexarlos, CLARY habia llorado mucho, y pronunciado muchas veces mi nombre.

Figúrate, DIGBY, imagina mi cruel situacion: mi alma volaba á todas las sendas por donde CLARY podia haber pasado. Mis pesquisas fueron vanas, aunque no quedó lugar de las cercanías que yo no corriese.

Una tarde, que iba solo, á caballo, fatigado y cansado del poco fruto de mi trabajo, me aparté del camino y fuí hácia un bosquecillo que se veia inmediato: cerca de allí habia una casilla miserable: acércome á ella, y oigo una voz doliente que decia: ¡padre mio! aun merez-

co vuestras lágrimas? y vos tambien madre mia, llorais por una hija que os ha ofendido, que ha deshonrado vuestra vejez! justo es que yo muera: yo hubiera querido ser vuestro apoyo y vuestro consuelo: ¿me perdonais?—¿Que hablas de perdonarte, hija mia? abrázanos, y espera en Dios que te volverá la salud: nosotros somos los que pronto expirarémos; solo quisiéramos que fueses mas feliz; pero no te dexamos mas que nuestra miseria, y la memoria de nuestro mucho amor. —Ah! soy acaso digna de vuestro amor? Solo merezco vuestra conmiseracion: la merezco, y lo sabriais si pudiéseis ver este corazon. Yá es inútil deten-

ner

ner el curso de mi vida: yo muero de mi arrepentimiento, llevando conmigo otra causa de mi muerte, que algun dia sabréis: solo os pido una gracia: yo os suplico que hagais entregar esta carta á quien va dirigida: preguntad por el lord Dorset, y allí os dirán quien es Borston.

Entónces empujo la puerta, entro en la cabaña y veo una muger expirando en el lecho de la pobreza con una carta en la mano: un anciano llorando la cubria el rostro con sus canas; otra muger anciana le apretaba las manos en las suyas, vertiendo tambien sus lágrimas. Yo me arrojo, tomo la carta.... Voy á co-

copiártela ántes de pasar á lo demas.

"Hombre respetable y bien dife»rente de vuestros semejantes, mis »últimos suspiros os envio: esta car»ta la recibiréis quando yá no exîs»tiré, y así puedo desahogar mi al»ma sin riesgo de comprometer mi »franqueza: tal vez este es el úni»co placer de mi vida. Sabed, esti»mado Borston, que muero por »vos: yo he querido huiros porque »mi deber lo exigia, porque no po»dia ser partícipe de vuestro cora»zon ni de vuestro nombre. Mi re»conocimiento me hubiera obligado »á no admitir la bondad de sir »Brown si él hubiera tenido liber-

»tad

»tad para ofrecerme su mano ; juz-
»gad lo que os debia mi amor. Vos
»me habeis hecho conocer los pesa-
»res que acarrea el perder la esti-
»macion. Yo he respetado la vues-
»tra , y no he podido resistir al do-
»lor de no gozar más de aquellas
»pláticas en que parecia que mi al-
»ma recobraba su vigor, su pureza
»y su inocencia. Expirando os doy
»la mayor prueba de mi cariño. Me
»atrevo á suplicaros , como á mi
»amigo; como mi único amigo , que
»empleeis una parte de vuestra ge-
»nerosidad en mis pobres padres.
»Fuerza es que sacrifique mi amor
»propio, al placer de llevar al sepul-
»cro el pensamiento de que seréis mi

»bien-

»bienhechor, en las personas que mas »amo. Yo he causado su desgracia. »El pesar que les he dado, mi er»ror, ó, si es forzoso decirlo, mi »delito, los ha privado de cuidar de »la conservacion de la corta tierra »que poseian: ellos han tenido ver»güenza de su hija, ellos, gentes »honradas, que jamas han tenido »causa de rubor sino el haberme da»do el ser! Ellos vinieron á habitar »la triste cabaña en que yo expiro, »y enterrar en ella su honrada po»breza y su afliccion: aquí es don»de los he encontrado en la mayor »miseria; dónde me he postrado á »sus pies; y dónde me han abierto »sus brazos, partiendo conmigo el

»pe-

»pedazo de pan de su indigencia
»mojado en sus lágrimas. Antes de
»morir he logrado el gusto de tener
»entre mis brazos los amados auto-
»res de mi vida, y de pronunciar
»los dulces nombres de padre y de
»madre. Ellos os recordarán la des-
»venturada CLARY, y creed que mi
»alma lleva consigo el reconoci-
»miento de los beneficios que os de-
»berán. Mi fin se acerca, y la muer-
»te no es dolorosa para una criatu-
»ra infeliz, despreciada en la tierra,
»sin nada de lo que podia hacerla
»estimar del hombre que mas ama-
»ba, y que solo espera consuelo en
»la piedad del Dios que ha ofendi-
»do. BORSTON,.. á Dios para siem-
»pre.«

CLA-

¡Clary mia! (exclamé). Aquellas gentes quedaron inmóbiles y atónitas. Clary abre los ojos, y cae sin sentido en estos brazos que la recibieron. Digby, Digby, yo no puedo explicarte lo que sentia: la palabra no es capaz de expresar nuestros sentimientos: pero tu alma sabe sentir, y podrá fácilmente ponerse en mi situacion.

Lleno de amor y piedad proseguí diciendo: sí, amada Clary, sí, serás mi esposa, dueño eres de mi destino: mi corazon se unirá á la virtud, uniéndose á Clary: en Clary recompensaré á la virtud, la adoraré, y será toda mi felicidad! Cometer errores es de la humanidad:

dad : elevarse sobre las flaquezas propias con un arrepentimiento sincero, es merecer la estimacion que se debe á la probidad mas severa. Y vosotros (dixe á los ancianos que estaban á mis pies, levantándolos) vosotros seréis mis padres ; yo seré vuestro hijo, y el rival de esta hija, en amaros, y consolar vuestra cansada vejez.

Yá ves, DIGBY, como me hallo. Mi vista ha sacado á CLARY de las puertas de la muerte : ella está obstinada en no admitir mi mano, presentándome su oscuro nacimiento; el borron de una flaqueza que ella cree irremediable ; la confusion que la perseguirá hasta en mis brazos.

Yo

Yo le he manifestado que mi reposo y mi vida dependen de su resignacion á mi voluntad : he osado dictar preceptos á mi soberana. Actualmente estamos en casa del lord Dorset, donde se prepara nuestra boda. Estas gentes descienden, de padre á hijo, de labradores honrados, que siempre han sido en su aldea exemplo de probidad y de virtud. Es verdad que no cuentan entre sus ascendientes ningun lord que se haya sumido en el lodo de la baxeza para comprar los votos : ningun aventurero, que al abrigo de las riquezas ganadas por medios viles, haya engañado la Corte á costa de la honra y del amor que todo Ingles debe á

su

su patria. Por otra parte, mi intento es irme á vivir al campo. Yá he vivido bastante para los demas, y creo que es tiempo de vivir para mí, de usar de mi razon, de escuchar mi corazon y obedecerle. El estudio de la naturaleza, y el de mí mismo, me servirán en lugar de esas tertulias de gentes que, no pudiendo con la carga de su ociosidad, procuran echarla sobre los ombros agenos. La sencillez y el alegre candor de las veladas campestres son sin duda preferibles á muchas concurrencias pomposas, en donde solo se aprende el arte de variar el disgusto de la propia existencia, y en donde la servil complacencia y la astuta perfidia,

ocupan el lugar de la sociabilidad y de la urbanidad. Mi esposa conocerá mejor que otra, lo importante de sus deberes. De una flaqueza nacen á veces muchas virtudes. Un alma que ha caido en un error, pondrá cuidado en no volver á él, y tomará precaucion para evitar otros. Yo estoy cierto de que si CLARY tiene hijos, los amará, y sabrá educarlos; ella me conservará siempre su cariño: el reconocimiento, este placer de las almas puras y sin orgullo, estará en su corazon estrechamente unido con su amor.

A pesar de estas reflexiones, confieso que en algunos momentos vuelvo á tomar el yugo, y camino en la es-

estupidez, al lado de estos hombres animales que el hombre sensato debe despreciar. Desde aquí oigo el clamor de la Ciudad... No obstante, clamen, digan quanto quieran. Quando yo me consulto á mí mismo, y oigo la voz de la verdad, del deber, ¿puedo dudar que CLARY no sea virtuosa? ¿Pues porqué no ha de recibir la recompensa de tan heróica accion? El verdadero arrepentimiento es la mejor satisfaccion de los errores: y el mayor placer es el de ser justo y benéfico. Nosotros somos imágenes de Dios: elevémonos quanto podamos para imitar su bondad, ó renunciémos á una semejanza tan sublime. Habla, DIGBY; ¿que es lo que debo hacer? RES-

RESPUESTA

del Caballero Digby.

¡Que es lo que debes hacer! ¿puedes dudarlo? Dar al instante la mano á Clary: hacer lo que en tu lugar haria un Ser superior á la especie humana: volver á esa desdichada todo su honor, reparándole con el tuyo: procurar, en una palabra, imitar á la Divinidad, de que somos una débil imágen, perdonando, á exemplo suyo, y haciendo bien. De este modo puede el hombre probar que es imágen de Dios. Puesto que estás cierto de que Clary llora con sinceridad sus da-

que-

quezas, y que no pretende engañarte, debe tener el premio de su firmeza en huir del vicio, en una edad que la arrastraba á él. Creeme, y piensa que Clary es honrada, y que su alma está pura. El pérfido que seduxo su inocencia es quien debe sufrir el desprecio público: él es quien realmente es digno de castigo, y merece el oprobrio y el rigor de la eterna Justicia.

Me dices que piensas en irte á vivir al campo con tu muger y tus nuevos parientes. Mira bien lo que dices: ¿tienes miedo? Si crees obrar bien ¿porque te ocultas? Tú vas á domar y hollar una preocupacion bárbara y absurda: ven á Lóndres

á insultarla á la faz de la Inglaterra: ven á mostrar tu alma sublime en todo su vigor: ten valor para hacer ver á estos seres estúpidos, que se llaman hombres porque tienen nombre de tales, que hay quien les sea superior, apartándose de las sendas ordinarias y trilladas por el espíritu servil de imitacion y de la feroz ignorancia. Conoce, Bonston, conoce el bien que vas á hacer á la humanidad: vas á pagar la virtud con la virtud misma, que es la única recompensa digna de ella: rehabilitas en toda su nobleza un alma, que se creia envilecida á sus propios ojos solo porque lo estaba á los ojos de la multitud, que no vé ni sabe

apre-

apreciar nada. Aun haces mas, Borston: con este exemplo, arrancarás del contagio una infinidad de jóvenes llenas de gracias, quienes verán que la virtud halla sobre la tierra sus dulzuras y sus dichas, y esperarán encontrar corazones buenos y nobles como el tuyo. Goza de toda tu felicidad. ¡Yá quisiera teneros á todos en mis brazos!.. ¡Y esas buenas gentes! ¿conoces la alegría que les vas á dar? Les vuelves su hija, su honra; animas su cansada vejez, y esparces alhagüeñas flores en los últimos pasos de su vida. ¡O Borston! desdichada la alma yerta que no siente la dignidad de tu proceder, y que no participe de tu sa-

tisfaccion! Para mí eres mas héroe que algunos batalladores, instrumentos de muerte, á quienes solo guia una gloria falsa. Si en Lóndres hubiese tanta injusticia ó tanta estupidez que te negasen los elogios debidos, no te faltarán otras satisfacciones. Entra en tí mismo, y tu corazon te dirá que has hecho una obra buena. Si su voto no te basta, yo añado el mio, y bien sabes que con dificultad lo concedo. La virtud no necesita de ir á buscar, fuera de sí, espectáculos halagüeños: su propia estimacion es la sola recompensa que anhela por merecer, y tal vez ella es la única capaz de producir un gozo puro. ¡Borston! ¿que pla-

placer hay comparable á la alegría interior?

El lord Dorset ha adquirido nuevo lustre, aprobando tu determinacion. Esta accion es un título más que puede oponer á sus enemigos, quienes le disputaban la antigüedad de su casa. ¡Oh, amigo mio! seámos hombres ántes de ser grandes señores. Yá te espero: dáte prisa á venir: esta infeliz tierra necesita de exemplos: ¡son tantos los falsos Filósofos, y tan pocos los seres que piensan! tú serás mi verdadero Filósofo. Estoy yá tan cansado de leer agudezas sobre la moral, y de ver tan poca moral en práctica! Borston, no creas en charlatanes, ni en car-

carteles pomposos : yo desato las odres que tapó Ulises , y dexo salir los vientos. Tú llenarás de confusion á muchos maridos , cuyas mugeres profanan el título de esposa. Estas , estas son en quienes debe caer un desprecio eterno. ¡Te causarán rubor los necios discursos de nuestros importantes pigmeos de la Gran Bretaña? Dexa zumbar estos insectos brillantes, y entrégalos á sus ridiculeces y á sus extravagancias. Yá deseo conocer á CLARY , y abrazáros á ámbos. A Dios : todos los amigos te saludan , y yá hemos bebido algunas docenas de copas á la salud de tu esposa. Tu amigo. = DIGBY.

JU-

JULIA

NOVELA.

JULIA

NOVELA.

El *sistema* ocasionó en Francia la ruina de muchas familias que, ó por su clase, ó por su opulencia, parecia que no habian de experimentar las conseqüencias de aquel singular trastorno. El señor Gourville y su esposa, fuéron del número de los ciudadanos desgraciados, que señalá-ron esta época, tan fatal á los intereses, como á las virtudes de la nacion. Conociendo claramente la mudanza rápida que habia influido hasta en los ánimos; el nuevo aspecto

que

que habia tomado la capital ; la degradacion de las costumbres, originada por el trastorno monstruoso de los bienes y de las clases ; viéron que jamas la riqueza habia sido tan insolente, ni la indigencia habia estado tan humillada y abatida. En efecto, la avaricia se habia mostrado sin disfraz, agitada de las convulsiones de su *horrenda codicia* (1): yá no

(1) No hay voces con que explicar los inauditos y extravagantes excesos, que cometió el interes en aquellos dias de delirio y enbrutecimiento de la Nacion. Sin exâgeracion se puede decir (tan pervertida es-

no habia freno, yá no se conocia el pudor: la pasion del oro se difundió desde Paris por todo el Reyno, co-

---

estaba entre los Franceses la naturaleza!) que un hijo hubiera atentado á la vida de su padre, si este crímen atroz le facilitara los medios de poseer las riquezas, que yá devoraba en su pensamiento. La imaginacion francesa no contemplaba mas que montones de oro. En aquel tiempo se viéron gentes de la mayor distincion pasar por una inmunda cloaca que salia á la casa de uno de los principales autores del sistema, llegando por este camino á su aposento.

como un contagio voraz : todas las clases estaban infectadas ; en todos ardía el deseo de enriquecerse : este era

---

to. Este hombre extraordinario, estaba en una postura en que manifestaba la insolencia de la fortuna: estaba en bata , reclinado sobre un canapé, y rodeado de señoras que se gloriaban de participar de su indecente familiaridad , miéntras otras señoras de igual clase disputaban entre sí la baxeza de ocupar el lugar de las criadas de Madama *** para tener la honra de servirla en los ministerios mas viles. No se diga que estas anécdotas , que hacen tan po-

co

era el único trabajo, la única emu-

la-

---

co honor á los Franceses, estan abultadas por la imaginacion, sino que *son unos hechos de la mas exâcta verdad.* Por lo demas, solo los presentamos para que vean todos los hombres, un quadro de los excesos horribles á que puede arrastrarnos la pasion de las riquezas. Nunca somos mas fuertes, que quando conocemos nuestra debilidad. En vista de estos exemplos, nadie encontrará demasiado enérgicos estos versos de Virgilio:

Quid non mortalia pectora cogis
Auri sacra fames?

lacion, el único objeto: los derechos de la virtud, de la decencia, de la sangre, de la naturaleza, no se conocian. Pudiera decirse, que los Franceses habian mudado de Religion, y que la Fortuna era su ídolo: ninguna Divinidad del paganismo recibió mas ofrendas, ni se vió en sus aras mayor número de víctimas. Este acontecimiento ha revelado, en algun modo *el secreto del hombre* (2),

pro-

(2) Muchos Filósofos han tomado á su cargo nuestro panegírico, poniéndonos al frente de las criaturas benéficas. Estos Autores de fábulas, pueden ir á la calle de Quin-

cam-

probando hasta que punto puede el interes agitarle y corromperle ; y la experiencia de tres meses ha destruido todos aquellos sofismas ingenio-

sos

---

campoix donde se han podido tomar lecciones de Física experimental sobre la naturaleza humana. Allí se ha visto el hombre luchando con el interes personal, que no es mas que la avaricia en todas sus formas. ¿Qué es pues lo que puede darnos un impulso tal, que nos eleve sobre nosotros mismos, haciéndonos obrar con aquella dignidad que no debemos á nuestra esencia? — La Religion.

sos que una Filosofía lisongera repitió por tantos años en favor del corazon humano (*).

En

(*) El Autor da aquí y en las notas anteriores, un aspecto bastante disforme á la esencia del hombre. Sin querer meternos en sondar esta qûestion, (que estaria concluida con recordar la corrupcion de la naturaleza humana) dirémos solamente que este caso del *sistema* no prueba nada en favor de su opinion, ni lo probarian otros muchos que se pudieran citar. El señor Arnaud podia conocer que la esencia del hombre en general, no la debia buscar en Fran-

En lugar de consumirse en vanas declamaciones, nuestros dos desgraciados se resolvieron á huir de

---

Francia, en donde la corrupcion de costumbres y de ideas habia llegado al último exceso. Una juventud depravada, y por decirlo así, yerta á todas las impresiones de la sensibilidad, formaba luego unos ancianos indiferentes. El pueblo en particular, no tenia otras ideas de probidad, que el interes del individuo; otro freno que su codicia; otra instruccion que la necesaria para ocultar sus malos procederes: conocia la probidad solo para valerse de su aparien-

de un espectáculo tan doloroso para la probidad, ocultándose á los ojos insolentes de una nueva especie de hom-

---

cia: se oia su nombre en la boca, pero estaba desterrada del corazon. Paris, en particular, aquella monstruosa ciudad, encerraba las heces de la humanidad, y era el centro de donde se difundia el contagio por todo el Reyno. Cundia ménos á la verdad en las mayores distancias; y el insolente habitante de Paris tenia por objeto de su escarnio al ménos corrompido Provincial, que no estaba tan versado en el arte de encubrir la fealdad del vicio, ni tan acos-

hombres, que parecia haber salido de improviso de la tierra.

El señor de Gourville se retiró pues con su familia á una aldea, inmediata á una ciudad de una Provincia distante de Paris, en la que subsistian de los cortos restos de sus bie-

---

acostumbrado á despreciar los derechos de la naturaleza y del corazon humano. Las Leyes, (y en ellas comprehendo la educacion) forman ó pueden formar hombres. Con la educacion buena ó mala, puede el hombre acercarse á ser ó ángel ó fiera. En una palabra, no atribuyamos á la esencia del hombre lo que

bienes. El marido se entregó sin rubor, á la especie de envilecimiento, en que un orgullo estúpido é ingrato, mira á la gente del campo. No se des-

---

es efecto del trastorno del órden, y de *una larga serie de causas* que le desfiguran. Esta misma Novela, en que el Autor pinta tan al vivo la depravacion de las costumbres, da á conocer el miserable estado de aquella Nacion. Compadezcámonos de la flaqueza de la naturaleza humana, y perdonémos tantos vicios en favor y honra de los hombres virtuosos, que retirados, se dolian de la corrupcion de su patria.

desdeñó de baxarse á lo grosero de las labores rústicas ; y considerando que la agricultura es la primera ocupacion del hombre , no le repugnaba este género de vida. Con alguna filosofía y la resignacion magnánima que el hombre de bien debe oponer á la singularidad de los acontecimientos , se consigue , sin que padezca el vigor del alma, acomodarse á las circunstancias. Nuesrro héroe no se afligia por su situacion, sino por una esposa á quien amaba, temeroso , no sin algun fundamento , de que le costaria trabajo acomodarse á su suerte , lo que no es comun , pero indispensable al que quiere sacar algun fruto del sueño

de

de la vida. Ademas que este sexô, en quien el agradar parece ser el principal empleo, lleva con ménos paciencia que nosotros, el yugo de la desgracia. El infortunio es una especie de humillacion para la belleza. Verdad es que Madama de Gourville amaba á su esposo, y el amor se somete muchas veces al destino, con mas energía que la razon: la ternura verdadera no conoce límites en sus sacrificios.

Esta muger digna de estimacion, supo vencerse, devorando sus lágrimas, y ocultándolas sobre todo á los ojos de su esposo. Por otra parte, las ocupaciones importantes de madre, templáron algo sus penas,

y

y la acostumbráron á la humilde medianía. Entregada enteramente á la educacion de un hijo y de una hija, veia que sus primeros años empezaban á recompensar su maternal desvelo, y que ámbos prometian seguir las huellas de sus padres. JULIA (que este era el nombre de la niña) anunciaba la belleza y el atractivo que iban creciendo cada dia; y su hermano daba esperanzas de un alma firme y virtuosa, y de un talento mas sólido que brillante.

Un sugeto de consideracion, que habia conocido al señor GOURVILLE en la mayor opulencia, vino por casualidad á la Aldea, donde residia esta respetable familia. Contento de ha-

haber encontrado á este solitario, yá olvidado de todos, le ofreció tomar á su cargo la carrera de su hijo, prometiendo ponerlo en la milicia. El señor Gourville era un padre amoroso, y en su hijo se veia renacer para ser mas dichoso. El amor paternal tiene una dulzura, que se conoce mejor en el retiro que en el tumulto de las ciudades: allí nos es mas necesaria la naturaleza: todo lo que pertenece á la humanidad nos mueve mucho mas; y estando mas reconcentradas las necesidades del corazon, tienen mas fuerza y vigor. A pesar de esto, el señor Gourville aceptó la proposicion por el bien de su hijo, sacrificando su placer al

ade-

adelantamiento de aquel jóven amado, quien por fin salió de los brazos de sus padres, bañado en sus lágrimas, y colmado de caricias.

Entónces Julia fué el objeto único de toda su atencion. Sus padres miraban con no poca satisfacion, los progresos de sus gracias y de sus virtudes: un semblante alhagüeño, una presencia airosa y llena de nobleza, unos ojos vivos y atractivos, un entendimiento despejado, suma sensibilidad; y todas aquellas qualidades, que son muy superiores á la hermosura, pueden dar una ligera idea del mérito de Julia. Amada de sus padres, ella los amaba igualmente.

Pu-

Pudiera creerse que lo que se llama fortuna, es algun Genio maléfico que se ceba en perseguir al hombre de bien, y se complace en el expectáculo de su dolor y de sus tormentos. De nuevo se levantó contra el señor de Gourville, quien sufrió un pleito que acabó de arruinarle, sumergiéndole en los horrores de la adversidad. Los dos esposos sufrieron con heróica constancia esta catástrofe, y parecia que sus almas encontraban nuevas fuerzas en sus desgracias: la virtud y la Religion les sostenian, y con tal auxilio nunca desfallece el ánimo. Ambos se amaban, se estimaban y se consolaban mutuamente; pero al mi-

mirar á su hija, la contemplaban como la criatura mas desgraciada, que no esperaba mas herencia que su ostinada desventura, y tal vez seria víctima de la miseria. Entónces apartaban la vista, sin fuerzas para resistir á tanto dolor.

Una parienta de Madama de Gourville, que residia en Paris, sabedora de su deplorable situacion, le escribió con instancia, para que le enviase su hija. ¿Pero como podrán los padres de Julia separarse de ella? sacarla del seno en que ella alimenta un soplo de vida cerca de exhalarse? abandonar su juventud al cuidado de otro? porqué ¿que cariño hay comparable al de un padre

y de una madre? quien puede tener igual vigilancia, tanta precaucion y sensibilidad? que es una parienta respecto de los que han dado el ser? y quien los consolará en su pobreza si les falta su hija? quien querrá compadecerse de su miserable suerte? *quien los acariciará*? (3) quien les asis-

(3) *Quien los acariciará*?. Las caricias son el alimento de la sensibilidad : ellas suavizan los disgustos ; templan los males de la vida y la hacen mas dulce á la mayor parte de los hombres : sobre todo , las caricias inocentes de un hijo, tienen para los padres, un atrac-

ti-

asistirá en su último instante? ¡Expirarán sin que sus postreras miradas se fixen y mueran sobre su hija!

Ta-

---

tivo que solo su ternura puede sentirlo y expresarlo. Un exemplo probará mucho mejor, quanta necesidad tenemos de ser amados.

Un hombre respetable, despues de haber vivido en la opulencia y servido grandes empleos, vivia en la oscuridad, víctima de la desgracia, y tan pobre que se mantenia con las limosnas de la Parroquia. Todas las semanas, le entregaban la cantidad de pan suficiente para su manutencion; pero habiendo pedi-

Tales eran las diversas reflexiones de los dos esposos, sin poder absolutamente resolverse á este sacrifi-

---

do que le diesen un poco más, el Cura le escribió pidiéndole pasase á su casa, porque tenia que hablarle. Asi que le ve, le pregunta si vive solo. — Pues con quien he de vivir? (respondió:) yo soy un infeliz, como lo veis en que estoy precisado á recurrir á la limosna, y todos me han abandonado. — Pero si estais solo (continuo el Cura) ¿porqué pedis mas pan del que es necesario para vuestro sustento? Entónces le confesó que tenia un perro; pero el Cu-

ra

ficio. El padre hacia presente á su es-

ra no le dexa proseguir, haciéndole presente, que su ministerio es repartir el pan de los pobres, y que es indispensable que se prive de tener aquel perro. Oh! señor (exclamó el infeliz llorando), si yo dexo mi perro ¿quien ha de amarme? El Cura enternecido y casi llorando, saca la bolsa y se la da diciendo: tomad, amigo; ahí teneis lo que es mio.

No olvidemos jamas aquellas palabras de Santa Teresa, tan verdaderas y tan tiernas. Esta Santa, hablando del Demonio, dice: *este infeliz que nunca amará.*

esposa que debian amar á JULIA sin perjudicarla: que su virtud y su hermosura, le proporcionarian en París un buen casamiento. En prueba de ello, citaba una infinidad de exemplos; bien que al mismo tiempo que lo decia, se le saltaban las lágrimas, y su corazon desmentia las razones que no podian convencer á su esposa: una madre siempre es mas tierna que un padre. En fin, despues de muchas disputas, de gemidos, de resoluciones ya adoptadas y ya abandonadas; despues de muchas cartas de la parienta, cada vez mas expresivas y con mayores instancias, se determináron á enviarle á JULIA.

Yá se acerca el cruel momento de

de la separacion. Estrechan á su hija en sus brazos, sin poder fixar en ella sus ojos lagrimosos. Julia les ruega, que no la aparten de su compañia, y la dexèn sostener el peso de sus desdichas, ofreciéndose sin repugnancia á qualquier género de trabajo, con tal que pueda aliviar á sus amados padres. Ella irá á labrar la tierra, á servir en una casa; á todo se someterá solo con que le dexen un momento del dia para ver á sus padres, para llorar con ellos, y repetirles que no conoce otra felicidad que vivir en los sitios dónde ellos habitan.

Basta, hija mia, (le dixo Madama de Gourville) tu padre y yo te

amamos mas que nuestra vida, y este cariño, que solo con ella, se acabará, es el que nos fuerza á sacarte de nuestros brazos. El cielo nos ofrece una ocasion de ser ménos infelices: nuestra amada hija no participará de la tristeza de nuestras penas, viviendo al lado de nuestra parienta en un estado mas conforme á su nacimiento. Esta idea nos ayudará á sufrir con resignacion nuestra suerte; y serémos felices, si sabemos que siempre nos amas. — Madre mia, (interrumpió JULIA) ¿creeis que vuestra hija pueda jamas dexar de amaros un instante? Solo por obedecer vuestra voluntad, me separo, y con la esperanza de

que

que podré seros útil... ¡O padres mios! que dicha, que placer seria para mí, si algun dia pudiese suavizar vuestros pesarçs, enxugar vuestras lágrimas, y satisfacer mi ternura, mi reconocimiento y mi amor!

Llegó la hora de partir, y Madama de Gourville entónces, reprimiendo su llanto y mostrándose mas serena, dice á su hija: yá vas á separarte de nosotros, Julia; no olvides nunca las lecciones de una madre, que siempre te tendrá en su corazon: ten presente, que la virtud es preferible á las riquezas y á la vida; que mas querriamos saber tu muerte que tu deshonra. Hija mia!

nuestra vida tiene fin; pero el oprobrio es eterno. Tú vas á una Ciudad, en la que es fácil perderse, y donde todo respira seducion: Paris es la mansion del crímen; y lo que le hace allí mas peligroso, es que oculta su diformidad: no se ve lo profundo del precipicio, hasta que yá no es tiempo de salir de él: sin embargo yo creo que siempre tendrás presente nuestro exemplo. Abrázame, hija mia; abraza á tu padre y pídele su bendicion.

Julia se echa á los pies del Señor de Gourville, quien tiende sobre su cabeza el brazo trémulo, sin poder proferir mas que algunas palabras interrumpidas por los so-

llo-

llozos. Llévanla al coche, dándole siempre saludables consejos; síguenla con sus ojos, hasta que al fin cesáron de verla, y se retiráron penetrados del mas vivo dolor.

Una criada antigua llamada Mariana, habia seguido á los dos esposos en su retiro. Esta muger, sin hacer caso de su interes particular, pudiendo hallar casa en donde sirviese con mas utilidad, quiso no obstante participar de la miseria de sus amos. En vano le instáron á que buscase mejor acomodo, haciéndole presente, que la indigencia no les permitiria siquiera darle su necesario alimento: la sensible Mariana respondia llorando, que emplearia al-

algunos ratos en trabajar para ganar su vida: que para ello se privaria de algunas horas de descanso, y mas quando con poco satisfacia sus necesidades. MARIANA queria gozar de la presencia de sus amos, sin mas recompensa que el placer de verlos, de vivir á su lado y morir con ellos: quisiera poder templar sus males y aliviarles en su miseria.

Los dos esposos enternecidos, abrazaban á MARIANA, quien no queria mas que besarles las manos. Ella vió nacer á JULIA, y la amaba como si fuera su hija, afligiéndole la partida de su ama, tanto como á Madama de GOURVILLE. Paris le daba inquietud, pues sus cortas luces

ces no le impedian preveer los riesgos á que Julia iba á exponerse. Ella tuvo el encargo de acompañarla en su viage, y de entregarla á la parienta, que no cesaba de instar para que viniese.

Mariana y Julia iban llorando por el camino. La tierna Julia encargaba repetidas veces á Mariana, que recordase á sus padres que siempre los tendria en su corazon, y no saldrian de él las lecciones que le habian dado: que solo por ver si podia aliviar el peso de sus desgracias, se apartaba de sus brazos; y que su mayor felicidad seria poder manifestarles su amor.

Ama mia, (respondia Mariana

so-

sollozando) yo no soy mas que una pobre criada ; pero permitidme que os hable como si fuerais mi hija: vais á una Ciudad donde no hay ni buenas costumbres , ni Religion; donde no hay tiempo para pensar en Dios : aunque pobre y rústica lo he visto claramente : he oido allí tantas conversaciones escandalosas, he visto tantos malos exemplos, que me horrorizo al pensar que mi hija... Perdonadme que os dé este nombre; pero yo os recibí en mis brazos quando vinisteis al mundo , y teneis una madre tan respetable ! ¡ que padres teneis, JULIA mia ! Ellos son la probidad , la virtud misma : ellos os aman entrañablemente , y el dolor

les

los mataria si os viesen caer en la menor falta.

En fin, llegan á Paris en casa de Madama de Sublignì, que así se llamaba la parienta. Mariana se vuelve bañada en lágrimas de Julia, quien le repitió mil veces la promesa de escribir á menudo á sus padres, y de amarlos más cada dia.

Madama de Sublignì habia quedado viuda y sin hijos, con tan pocos bienes que apénas bastaban á su manutencion: gustaba del mundo extremadamente; y todo el reconocimiento con que el mundo podia pagarla era el soportarla. Con una alegría ruidosa y tonta, sin saber nunca acomodarse ni á su edad ni á

su

su situacion, se acercaba á los cinqüenta años, y siempre se la veia con mugeres jóvenes y disipadas, corriendo siempre tras los placeres que nunca alcanzaba, y atormentada del único trabajo de pasear su obesidad y el fastidio de su trivial exîstencia: ademas de esto, sin principios, siguiendo un instinto puramente animal, que en ella ocupaba el lugar de la razon, incapaz de concebir una idea, ni veia lo futuro, ni aún advertia lo presente. Tal era la muger con quien JULIA vino á vivir.

Madama de GOURVILLE no conocia en cierto modo á su parienta sino de nombre; cuya ignorancia

fué

fué un error irremediable de que esta tierna madre tuvo que acusarse hasta su última hora. Mariana, á pesar de su candidez y de su poco conocimiento del mundo, habia recelado lo que otros hubieran asegurado de Madama de Sublignì. Sus recelos debian haber dado algun cuidado á su ama; pero las personas virtuosas encuentran dificultad en entregarse á la desconfianza, y juzgan por su corazon, esto es, miran como una excepcion lo que caracteriza á lo general. Esta es la causa porque viven en el mundo como extrañas, y la que les hace cometer algunas imprudencias, que despues les cuestan lágrimas y sinsabores.

La

La educacion que daban ahora á Julia, era muy diferente de la que tuvo en casa de sus padres. Yá no le presentaban el atractivo de la virtud y de la honestidad, ni le hablaban de sus deberes. Julia tenia diez y seis años: ¡que riesgos no amenazan á esta edad! quan difícil no caer en tantos precipicios como la rodean! quan necesario el exemplo y los consejos de la prudente experiencia, en aquellos primeros momentos en que se empieza á sentir el atractivo de la exîstencia, y que la naturaleza lucha contra la razon y la verdad!

Julia veia huir de su vista la imágen halagüeña de su infancia, como un sueño ligero que pronto no de-

dexa rastro ninguno en la memoria. El amor de sí misma habia reemplazado al amor paternal. Su belleza estaba en su flor, y no tardó en adquirir aquellos modales de satisfaccion propia y de superficialidad, que solo se conocen en la capital, y constituyen el principal mérito de lo que se llama el uso del tiempo.

Puesta yá en el mundo, JULIA dió crédito á todas sus ilusiones. Por todas partes oia repetir los elogios, cada vez mas lisongeros y mas peligrosos, de sus gracias y de sus talentos en agradar. Todas aquellas exâgeraciones, aquellos cumplimientos hinchados de hipérboles, sin gusto y faltos de sentido y verdad; to-

das aquellas frases parasitas, que son el protocolo de los petimetres y de los pisaverdes, á quienes se puede llamar los *tontos de moda*, resonaban continuamente en sus oidos. Esta xerigonza insípida, insoportable para las gentes que reflexionan, parece muy natural y muy racional á los oidos de la vanidad. JULIA llegó á oirla sin disgustarse, y desde este primer paso marchó sin asustarse ni preveerlo á su perdicion, saboreando el tósigo de las alabanzas necias y pérfidas. Mirábase con freqüencia al espejo, y es fácil de adivinar que se creeria mas hermosa de lo que parecia á los ojos de sus mismos amantes. ¡Quanto se habia

al-

alterado aquella inocencia, que Julia traxo del seno de su familia! ¡que rápidos progresos los del vicio y la seduccion! La hija de unos padres respetables, que la enseñáron á gloriarse de una honrosa pobreza, gemia en secreto por no poder añadir á sus gracias naturales, el realce de las galas, olvidando que la virtud es el principal adorno de un sexô, que arde por agradar. Y sin este ornamento indispensable ¡qué son las demas gracias?

Julia acompañaba á Madama de Sublignì en teatros y paséos. Esta muger, tenia una multitud de conocidos, que la convidaban á sus diversiones; y es bien claro que el

gusto de ver á la jóven JULIA, era el mas poderoso motivo del afecto que mostraban á la tia. Los hombres particularmente lo notaban, quando la tia no venia acompañada de su sobrina; por lo que tenian cuidado de avisárselo á Madama de SUBLIGNI, quien absolutamente queria estar ciega, y buenamente creia ser de alguna importancia en la sociedad.

¿Cómo podia JULIA resistir á enemigos tan poderosos como la juventud, la belleza y la presuncion? Luego que entraba en su aposento, exâminaba su mérito, y cada dia se encontraba, mas amable, y mas mortificada por la falta de adornos que

le

le rehusaba su situacion. Quando iba por los paseos públicos, buscaban sus ojos alguna persona de su sexô que fuese bien puesta, y así que la encontraba se decia á sí misma: "esta será sin duda alguna se»ñora de la mayor distincion: " pero á poco oia decir: esta es F... muger de oscuro nacimiento, solo que su rostro y sus gracias la han vengado de los caprichos de la fortuna, gozando de una vida descansada, con una buena casa, donde va á cenar lo principal de la Ciudad: su gusto sirve de regla á las señoras principales, y ella es quien da la reputacion á un peinado, á una moda, á una cómica: en fin to-

dos la tienen en grande estimacion.

¡La tienen en estimacion! (se decia Julia, maravillada al oir tales conversaciones,) quando hasta ahora pensaba yo que solo á la virtud se le concedia la estimacion! Mis padres me lo habian dicho así, y aun me acuerdo tambien de haberlo leido.

Pero los discursos que se hacian delante de Julia, sentaban unos principios muy diferentes; pues todos tiraban á poner en claro, este sistema de gran parte de la sociedad: — la virtud! que es la virtud para que se le tribute estimacion? Solo se debe atender á lo que deleita y es útil. La virtud es fria y es-

té-

téril: es un superfluo que se debe abandonar á importunos misantropos. La vida es tan corta, que apénas hay tiempo para divertirse. Verdaderamente que es cosa admirable, el ver una muger honrada, que no tiene ni casa ni hogar! en horabuena que su estúpido marido se vuelva loco de contento: que ámbos vegeten juntos, pues están hechos el uno para el otro; pero ¿de que sirven á la sociedad? La riqueza es el alma universal, que da vida, y todo lo hermosea. Un rostro bello, sepultado en un tocado sencillo, pierde la mitad de su gracia. ¿Que importa que F... haya dado tanto que decir? Si fuese ménos amable, se hablaria

ménos de ella. Solo no se habla de la fealdad y de la pobreza. Ademas ¿que *preocupacion* es esta de la honradez con que nos atormentan los oidos, los necios y los Escritores? La honradez... es buena para el vulgo."

Estos discursos venenosos, se repetian delante de JULIA, de mil maneras diferentes, que en substancia, todas ellas se reducen á este axioma adoptado entre cierta casta de gentes. "La riqueza y el placer son todo, y la virtud nada ó cosa muy poco importante: todo lo mas que se puede hacer, es usar alguna vez de su apariencia, quando lo pide la necesidad."

JULIA no podia abrir los ojos, sin

ver

ver de estas mugeres, á quienes estas maxîmas habian depravado. Los sentimientos que sus padres habian grabado en su alma se iban poco á poco debilitando y borrando. Bien querria seguir con puntualidad, las sabias lecciones que le habian imbuido los que la dieron el ser; pero á los diez y seis años, citada en todas partes por sus gracias y por su belleza, y, léxos de tener diamantes y estar establecida, no poseer apénas lo necesario, manifestar la poca fortuna en desdoro de la vanidad, era esto para sus fuerzas, una prueba cruel, á que su amor propio no podia yá resistir, habiendo instantes en que su despecho le hacia sal-

saltar las lágrimas. Oh! y quanto cuesta ser virtuoso, quando no se sabe tener un noble orgullo en obrar bien, contentándose con la estimacion propia! Cosa de admirar es, que el amor propio sea tan necio, y no sepa estar sin el auxilio ageno. ¿Qual es el premio de la virtud? La virtud misma.

Estos sentimientos, grabados en las almas puras y rectas, hubieran parecido á Julia, una conseqüencia natural de los preceptos de su familia, quando vivia en aquella aldea, mansion de la respetable pobreza; pero Julia en Paris, estaba tan mudada, que hubiera tratado de pedantismo todo lo que le recordase estos

su-

sabios principios, de que se iba alexando con suma celeridad.

Las concurrencias de Madama de Sublignì no contribuian poco á hacerle contraher hábitos muy contrarios á su primera educacion. Entre varios conocimientos que hizo, se aficionó particularmente á una tal Madama de Sauval, quien sumergió en el vicio, un corazon que estaba detenido por sus primeras impresiones de inocencia.

Madama de Sauval era de estas mugeres, que sin rogarles se meten en todas partes, y á quienes se da el nombre de *una buena muger*. Muy naturalota é ingenua al parecer, y de una falsedad bien sostenida y

que

que esta Madama de Sauval no se contentaba con ser el objeto del desprecio público, sino que queria ademas hacer partícipe de su infamia y de su ignominiosa reputacion, á una jóven, que todavía luchaba contra el ascendiente del vicio? Baxemos una luz al corazon de los perversos, y, tembiando descubrirémos, que su detestable placer es extender el progreso del mal, y aumentar el número de sus cómplices: ¡criaturas pestilentes, que, ántes de expirar, tienen una alegría infernal, en comunicar su veneno, y ver caer á otros á su lado! El interes, de cuya baxeza hay pocos que sepan librarse, es tambien otro poderoso

mo-

motivo, que arma á la corrupcion, envegecida en el crímen, contra la juventud y la inocencia; y, como despues verémos, la depravacion de las costumbres, no era lo único que movia á Madama de Sauval á preparar la caida de Julia.

La pérfida Sauval no perdia las ocasiones de descaminar á su inexperta amiga: la presuncion de esta jóven, su gran deseo de agradar, de lucir y de llamar la atencion, no se ocultó á la vista perspicaz de esta muger, quien parecia que, humillándola la honradez, aspiraba á vengarse de ella: ¡espíritu maligno que seguia los pasos de Julia, impaciente por llevarla á su perdicion!

Ju-

Julia le oia continuamente sus artificiosas palabras; dirigidas siempre á mortificar su amor propio. ¡Que mal forxada estás! (le decia:) mira que vestido ese tan ridículo! esa ropa es sumamente indecente! Tú no gozas de las dádivas que te ha hecho la naturaleza, sepultándolas en esa sencillez grosera, en lugar de hacerlas resaltar con adornos de buen gusto. Oh! si yo tuviera tu edad! yá sacaria mas utilidad de mis gracias.

Inmediatamente Madama de Sauval se proponia por modelo, haciendo á Julia confidente de sus secretos, en lo que aparentaba una amistad desinteresada: ella habia sido jó-

jóven, y habia tenido aquel atractivo que es superior á la belleza ; solo que la fortuna no quiso favorecerla ; pero valiéndose de su *Filosofia* (porque esta es la expresion de moda , desde el tonto petimetre, hasta la mugercilla mas despreciable) tuvo valor (como ella decia) para domar la *preocupacion* , y dexar hablar al mundo : ¿y que caso se debe hacer (añadia) de esas hablillas vagas , que siempre debemos mirar como calumnias ó voces falsas? Luego que una llega á pensar por sí misma , sabe hacer poco caso de los juicios del público : ademas que es menester para hacerle callar , mostrar alguna osadía ; y con el tiem-

po se acostumbra á estos que llama errores, que despues los perdona, y por último los olvida. La pobreza es el objeto de un desprecio eterno, y que jamas se perdona.

Algunas señales de complacencia (añadió) que habia manifestado á un hombre de bien, que mereció su estimacion, y que pensaba en darla mano de esposo, mudáron su situacion. Desde aquel instante, tuvo una casa bien puesta, visitas, diamantes, galas. Al oir esto JULIA, lanzó un profundo suspiro; y Madama de SAUVAL que atendia al efecto que sus palabras producian, continuó: yo no lo disimularé, en tu lugar pronto me resolveria. ¿Que es-

pe-

peras de tu tía? Nada puedes esperar, quando ella apénas tiene bienes: ademas que no ha de ser eterna. En fin, JULIA, siendo como tú eres, hermosa y de ilustre nacimiento ¿te humillarás hasta ponerte de criada en alguna casa?

Al oir esto JULIA, no pudo reprimir un movimiento de indignacion; aquella misma JULIA, que estando con sus padres hubiera abrazado con gusto la ocupacion mas baxa, si este sacrificio era necesario para conservar la pureza de sus costumbres!

La astuta panegirista del vicio, añadió: si estás en la clase de criada, aun quando seas un fénix de

virtud, un prodigio de honestidad, nadie lo creerá: estas son unas cosas que no se creen tan fácilmente. A mí me parece imposible, que una muger jóven, desgraciada y bonita, sea tan simple, que prefiera la miseria, á una vida descansada: ¡cuesta tan poco el lograr algunos bienes y gozar de diversiones! y ademas de esto, no dexaré nunca de repetir, que la pobreza es tan desagradable, envilece tanto, ocasiona tal mortificacion, humilla tanto, que realmente es contra la naturaleza. No creas que los libros, ni esos que se llaman hombres de bien, pedagogos del género humano, digan una palabra de verdad. Todo eso lo hacen pa-

para ostentar su ingenio, y por hacerse visibles, oponiéndose á los usos recibidos. Hija mia, yo te amo como si fuera tu madre: abre los ojos, y no veas ni escuches mas que al mundo: este es el verdadero libro, el único que es necesario, y en el que hallarás la norma segura de tu conducta. Solo la opulencia y el placer, se ven estimados; y ámbas cosas van siempre juntas. Bien sé, que se me pueden oponer grandes reflexiones; pero vuelvo á decirlo; yo te enseño la realidad: ni tú ni yo, tendrémos el privilegio de corregir á los hombres; y así, es preciso vivir con ellos tales quales son, ciñéndonos á mirarlos como medio

para nuestro bien estar, y para pasar una buena vida. Esto debe ser nuestro único objeto: lo demas es puro soñar; ficciones ingeniosas que pueden entretener un rato, y que al fin es menester ponerlas al lado de los cuentos de las viejas.

Pues qué! (exclamó JULIA.) ¡Yo faltaria á mi familia, á la honra!.. —Muy bien escrito, hija mia! Yo tambien he dicho lo mismo que tú dices, prorrumpiendo en esas mismas exclamaciones. Yo que te hablo, yo he tenido tambien mi familia, mi honra, mis buenas costumbres, tanto como qualquiera: pero he estado á pique de morirme de hambre. JULIA, en tu edad, todos

son

son personages de comedia : todo se presenta á la vista con aspecto lisongero ; sobre todo , el sentimiento es el ídolo favorito : ese es el que domina á los corazones nuevos, que exîsten baxo la palabra de otro ; pero al fin es menester acudir á la historia de los hombres y de la experiencia. La juventud no dura siempre : los años vuelan , y el despecho viene luego tras la infelicidad, quando yá no es tiempo de enmendar el mal. Vivir lamentándose de no haber aprovechado la ocasion , es á la verdad una situacion cruel. Por lo demas, creo que no me has entendido bien. En todos los pasos de la vida , se pueden tomar ciertas

precauciones, emplear ciertos rodeos, hay un cierto modo de ocultar las cosas, hay un arte para vivir... Este es un arte, que todavía te es lícito ignorar, y que el hábito y el mundo te lo enseñarán. Por último, déxate guiar con docilidad. Cree que pensarémos en que seas dichosa: abrázame, amiga mia, y sobre todo guarda el secreto. Yá ves que te doy pruebas de mi cariño. Si fueras hija mia, no te hablaria con mas claridad ni mas zelo: guíate por mis consejos, que no puedes hacer cosa mejor. Yo quiero absolutamente, que seas la muger mas amable y mas dichosa (*). Es-

(*) Confieso que me ha costado su-

Estas conversaciones corruptoras produxéron su efecto. ¿Podria alguno creer, que en las concurrencias distinguidas, en las que mas gozan de una reputacion sana é irreprehensible, se encontrasen unas mugeres tan nocivas á la juventud? Padres que mirais como un negocio im-

---

sumo trabajo el traducir este discurso infernal de esta Madama de Sauval. El corazon se horroriza al contemplar tal corrupcion. Sin embargo es preciso confesar con dolor que no faltan algunas personas que no tienen otra moral que la de Madama de Sauval; pero al mismo tiempo debemos publicar no sin alguna sa-

importante, el cuidar de la educacion de vuestras hijas, temed mas á su sexô que al nuestro: en él está conjurada su perdicion: sus compañeras, sus amigas, son las que destruirán el fruto de vuestros buenos exemplos, y de vuestras sabias lecciones: ellas les harán amar el vi-

---

satisfaccion, que las Costumbres de los Españoles están infinitamente distantes de la relaxacion en que estaban en la ciudad donde vivia Madama de SAUVAL. ¡Pueda este exemplo servir de aviso á la juventud, si por desgracia se encuentra en nuestra Peninsula una Madama de SAUVAL!

vicio, y las arrastrarán en un desórden tan difícil de reparar, como que no se habrá previsto.

Julia, al principio, retrocedia al ver el quadro que le presentaba Madama de Sauval: esto sucede á la juventud no vencida todavía por la solicitud del vicio. Despues se acercaba, no le parecia tan espantosa la pintura, gemia al verse tan sin auxilios; corria al espejo, se complacia en mirarse, y volvia al lado de su pérfida seductora.

Madama de Sublignì no recelaba ningun mal de la amistad de Julia con esta muger, y seguia obstinada en pasear por el mundo, que no se dignaba siquiera de mirarla,

su

su ociosidad, y su presencia fastidiosa : bien que la compañía de una sobrina jóven y llena de gracias, moderaba el disgusto de este cansado espectáculo ; y en favor de esta, no se reparaba tanto en lo desagradable de la tía.

No sin determinada intencion, habia la despreciable SAUVAL esparcido las conversaciones, que un alma tierna, en quien la virtud no ha echado todavía profundas raices, recoge con ansia. Yá hemos insinuado el principal fin de esta trama. Un cierto personage habia visto á JULIA en el paseo, quedando enteramente enamorado de ella. Claro está que ocurriria á Madama de SAUVAL;

VAL ; que no encontraria dificultad en ponerla de su parte, y que se valdria de todos los medios que se emplean en este género de mediacion.

JULIA pasaba dias enteros con esta muger : continuamente oia las mismas conversaciones, y le tendian los mismos lazos ; y cada dia mas débil, se acercaba al precipicio.

La casualidad traxo al Marques de GERMEUIL á la concurrencia de Madama SAUVAL. Fácil es de acertar quien era este Marques, y que nunca hubo un suceso mas concertado que esta casualidad. Tambien pensará cada uno, que este Marques era uno de estos seductores á la mo-

moda, que poséen todos los artificios del oficio ridículo y criminal de engañar á un sexô sensible, procurando agradar, y que baxo un exterior alhagüeño ocultan un corazon pérfido y un sistema completo de maldad.

Germeuil era uno de estos hombres despreciables que, en defecto de las Leyes, se deberian castigar con una marca deshonrosa. El habia llenado de vilipendio y de amargura, á una infinidad de familias. Las actrices célebres, las bellezas renombradas, estaban en la lista de sus conquistas: el nombre de Julia faltaba en ella, y la vanidad del Marques no sosegaba hasta alcanzar

zar este nuevo triunfo. Queda solo un breve rato con JULIA, y, con todas las demostraciones mejor estudiadas, le declara su fingida pasion; porque el castigo que tienen estos impostores, es no amar nunca. Nada le respondió JULIA; pero este silencio aumentaba las gracias de la jóven El Marques se valió de todos los secretos de su arte, y al fin consiguió oir, de la boca misma de JULIA, que no le miraba con indiferencia. No era esto poco adelantar para la primera vez. El astuto corruptor no insistió en ir mas adelante, sabiendo muy bien, que es menester ir poco á poco para debilitar la virtud, en un alma libre de

las

las impresiones del vicio : ademas que su victoria no le hubiera satisfecho , si debia á la sorpresa, lo que deseaba deber solamente al amor.

Entretanto Julia no podia alexar de su corazon la memoria de sus primeros años , ni la imágen de sus virtuosos padres. No obstante su debilidad , apartaba la vista para fixar los ojos en su cuna. Veíala rodeada de la honra y de exemplos respetables : conocia que su inocencia se marchitaba , y que iba á ceder al cariño de un hombre á quien yá amaba. La infame Sauval la encontraba algunas veces vertiendo lágrimas , y con la pluma en la mano para escribir á sus padres ; pero pron-

pronto la volvia al laberinto de que iba á salir, haciéndole ver las ventajas de una amistad como la de Germeuil; repitiéndole siempre que, en su edad, solo se debia pensar en los bienes y los placeres; cuidando de valerse del poder de la vanidad y de las pasiones, y asegurándola en especial que todo estaria cubierto con las sombras del misterio.

La tía, sin pensarlo, ayudaba con su estupidez, á la abominable destreza de su amiga; pues ella no sospechaba el motivo que traia al Marques todos los dias á su casa, y siempre estaba pronta á ir á quantas diversiones la ofrecian, en las

que se preparaba la perdicion de su sobrina.

Convídanlas á una cena, en una casa de Campo cerca de Paris: esto es, en uno de aquellos reductos del vicio, en donde abundan todos sus hechizos corruptores, y que en Francia se conocen con el nombre de *petite-maison*. Allí, el esplendor de la riqueza se reunia á la delicadeza del gusto, no pudiendo dar un paso sin sentir una complacencia interior que inclinaba al placer. ¡O Julia infeliz! ella estaba admirada y como fuera de sí: jamas Germeuil habia estado mas amable. La infame Sauval, que habia urdido toda la trama, busca medio para sacar

de

de allí por un rato á Madama de Sublignì. En fin, engañada por la confianza y por su propio corazon; olvidando lo que se debia á sí misma, la hija del desgraciado y estimable Gourville, quedó hecha la amiga del Marques de Germeuil.

Una voz confusa se elevaba continuamente contra Julia, diciéndole, que habia ultrajado á sus padres, y que se habia deshonrado; pero pronto la sofocaba el tumulto de las ilusiones del mundo, que parecian venir á porfía al encuentro de sus deseos. Yá Julia no podia volver atras; y tanto ménos pensaba en ello, quanto amaba; y creia que la amaban; pareciéndose á los

enfermos acometidos de un profundo letargo, quienes solamente pueden abrir un instante los ojos, y los vuelven á cerrar para siempre.

Los de Madama de Subligní se viéron precisados á abrirse. No pudiendo dexar de ver su vilipendio y el de su sobrina, tuvo vahidos, lloró mucho, hizo inútiles amenazas á Julia, manifestó al Marques lo indecente de su proceder, acusándole de haber seducido á una criatura, á quien ella miraba como hija; pero Germeuil prometió, que todo se remediaria con un pronto casamiento, lo que se creyó, y con lo que todo quedó sosegado, y no se volvió á pensar mas que en divertir-

tirse. Todos los dias habia nuevas funciones, nuevas partidas de campo. Sin embargo en algunos momentos, Madama de Subligní queria enfandarse; pero esta muger necia y sin carácter, se aplacaba prontamente y volvia á su estúpida condescendencia. Solamente tuvo la precaucion de recomendar á Julia, que tuviese bien oculto este suceso, y sobre todo que nada dixese de ello á su familia, hasta que, verificado el matrimonio, pudiese quedar justificada á los ojos de sus padres.

Julia habia olvidado á los autores de su vida, y el amor era todo lo que veia, todo lo que llenaba su alma. ¡Quan funesta pasion para

un corazon tierno, quando el decoro y la honradez no la acompañan! Lo que, tal vez, seria las delicias de nuestra existencia la fuente de la felicidad terrestre, el germen de los talentos y de las virtudes sociales, se convierte en el manantial de nuestras imperfecciones, de nuestros desaciertos, y muchas veces de nuestra infelicidad y de nuestros crímenes. Esta es una bebida saludable, que se corrompe, formando un veneno mortal.

Madama de Sublignì instaba en vano al Marques, para que cumpliese su promesa. Temerosa de que los padres de Julia llegasen á tener noticia de su miserable situacion, se re-

resolvió á escribirles que una enfermedad habia arrebatado á su sobrina; esperando que, luego que Germeuil cumpliese su palabra, tendria el placer de desvanecer la aflicion que esta noticia debia causar á sus padres. Confinados en un extremo del Reyno y en un oscuro paraje de una Provincia, debian creer ciegamente las palabras de Madama de Subligní. Lo que ésta les anunció, llevó al colmo su desgracia. Derramáron sus lágrimas en el seno de Mariana, aquella criada fiel que era su única amiga. La esperanza de volver á ver á su hijo, pudo sola detener sus últimos suspiros. Las cartas que de él recibian,

respiraban el cariño mas tierno; cuyas demostraciones de sensibilidad les lisongeaban tanto mas, quanto el hermano, muy diferente de su hermana, era el exemplo de su carrera, así por su irreprehensible conducta, como por su valor y los conocimientos de su profesion.

Madama de Sublignì, á pesar de la poca energía de su espíritu, no podia desechar el disgusto que la consumia, y empezó, aunque muy tarde, á conocer que Germeuil queria pasar el tiempo en palabras. Su sobrina estaba abandonada al exceso de su devaneo. En vano su tía la cansaba con inútiles amonestaciones: el seno de la indigna Sauval

le

le servia para depositar en él, todos los desvaríos de un amor criminal: allí encontraba nueva ponzoña, y aquel funesto deleite que la sacó fuera de sí.

Llegó el tiempo de que la insensata Sublignì recogiese el premio de su furiosa aficion al mundo, y de sus vergonzosas condescendencias. Al salir de una de aquellas cenas espléndidas, que se suelen tener en Paris, se sintió bastante incomodada: su enfermedad fué creciendo, y al fin se agravó en términos que murió, despues de haber dado á su sobrina algunos consejos triviales, que ésta olvidó muy pronto.

En-

Entónces fué quando JULIA, desterrando la decencia, el remordimiento y el decoro que á sí misma se debia, se entregó á todo el escandaloso delirio á que arrastra semejante conducta. GERMEUIL disponiendo de ella segun su voluntad, impaciente de publicar su victoria para satisfacer su amor propio, pasceó á su amiga de teatro en teatro: se mostró en todos los paseos públicos y se halló en todas las funciones. JULIA fué la admiracion de los hombres, y la rabiosa envidia de sus semejantes: en una palabra, su triunfo y su deshonra fuéron completos: la riqueza, el luxo, todos los placeres, procuraban alhagar sus gus-

tos:

tos : la magnificencia y la moda, corrieron á pagarle su tributo : su vida era una continua disipacion, sin que apénas le quedase tiempo para preguntarse lo que deseaba. Acaso no le disgustaba el torbellino de su vida, y procuraba huir de sí misma : porque bien podemos mentir á los demas ; pero hay una verdad cruel que vive con nosotros, y cuya voz se levanta y nos aflige, y nos persigue, siempre que cedemos á los impulsos del vicio.

No era Sauval sola la que precipitaba á Julia en el abismo del vicio : todo quanto la rodeaba conspiraba á su perdicion. Ella no oia otra cosa que conversaciones sazo-

nádas con ingeniosas lisonjas, y las gracias de estos tontos de moda que pasan en las tertulias por mozos de ingenio. En todos estos discursos, tan frívolos como despreciables, no se pronunciaba una sola palabra que indicase á una desdichada jóven descaminada, la senda de la virtud. ¿Quien creerá, que algunos hombres de letras, unos hombres que por su profesion y por sus luces, deberian ser los Preceptores del género humano, dando exemplo de una virtud firme é incapaz de humillarse á la adulacion y al interes; quien creerá que algunos contribuyéron á mantener á JULIA en este embrutecimiento, y consa-

grá-

gráron públicamente, con una baxeza contumaz, el elogio de sus flaquezas criminales? (4)

(4) Seria una calumnia imperdonable, si lo que aquí se dice, se extendiese á todos los hombres de letras; pero es preciso decir que, en menosprecio de las letras y de la decencia y la humanidad, se han visto algunos de ellos, sentados entre los viles aduladores de estas mugeres despreciables que solo son conocidas por su oprobrio: se les ha visto animarlas al vicio, hacer delante de ellas la apología de sus desórdenes, y la sátira de la honestidad. La *proteccion* deshonrosa de estas Cor-

Al fin sucedió á Germeuil lo que acontece á los amantes de su especie. Como la vanidad, mas bien que el cariño, le habia inclinado á Julia, así que se vió en posesion de

Cortesanas sirve á muchos de nuestros malos Poetas (*en Paris*) para llegar á meter ruido, y decorar su miserable vanidad con los regalos que arrancan al fausto de la opulencia. ¿Quando el talento se jactará de una noble pobreza? ¿Que riqueza es comparable á la satisfaccion propia y á la pureza de la conciencia? ¿Y que placer hay mas dulce que el de tributar ofrendas á la virtud?

de ella, se empezó á disgustar, la conservó algun tiempo por mero hábito, y por último la dexó por otra, que no tenia mas mérito que el de ser mas escandalosa que la desdichada víctima de su astucia seductora.

Julia amaba sinceramente al Marques: falta de experiencia, no creia ni en la mala fé ni en la mudanza; y así fué para ella este suceso un golpe mortal. Desconsolada, llorando á Germeuil; queria sepultarse en un retiro, y su corazon estaba yá cerca de dar entrada al remordimiento, que hasta entónces habia procurado desviar. Las desgracias nos recuerdan la virtud.

El

El velo cayó, la ilusion se ha desvanecido; JULIA reconoce que no era esposa del Marques ni lo será jamas; porque hubo instantes en que creyó este error: ve con dolor que solo ha sido una concubina, y que no es mas que una muger sin honra. ¡Que espectáculo para la hija del Señor de GOURVILLE!

La infame SAUVAL acude, y emplea todo su poder, todo su ingenio, ó, por decirlo mejor, toda la maldadosa baxeza de su alma, en detener las lágrimas de su amiga, y en desviarla del loable deseo de convertirse á la virtud. Sobre todo, no se olvida de hablarla de su belleza, que es el medio que mayor imperio tie-

tiene sobre el corazon de una muger. Opone al arrepentimiento el amor propio irritado, y vuelve en fin á sumergir á su dócil discípula, en el sueño delinqüente, de que solicitaba salir.

Una tarde que estaban en el teatro, Madama de Sauval hizo reparar á su amiga, en una de estas mugeres entregadas al desprecio público, la qual estaba cubierta de piedras preciosas. Empezó á encarecer la riqueza del adorno, y despues como quexándose, le dixo á Julia, que parecia que aquella atrevida se habia puesto expresamente allí para insultarla y abrumarla con sus diamantes.

Estas conversaciones repetidas de Madama de Sauval, volviéron á Julia toda la baxeza de su vano orgullo. La infame Sauval le presentó á Dorival, y le dió á entender que absolutamente era menester vengarse de Germeuil y de las mugeres atrevidas que osasen mostrar mayor magnificencia que ella.

Dorival era uno de aquellos insolentes favorecidos de la fortuna, que nadan en un rio de oro, y creen que todo se consigue con el oro. En efecto compró á precio muy subido el mérito de ser el vengador de Julia, presidiendo al contrato la infame Sauval. Julia se vió cargada de diamantes, y todo se eclipsó delante de ella.

La

La corrupcion habia llegado á su último punto. Julia no tenia yá nada que desear : su pasion á las galas y á la ostentacion , estaba satisfecha : el fastidio , este verdin que se pega á las riquezas y á todo aquello que pende del esplendor y de la falsa felicidad , comenzaba á echar su veneno en su alma : todo la importunaba, todo la cansaba : ¡justo castigo de los placeres falaces, que se gozan en la disolucion! Entónces , aquella voz , que no habia cesado de gemir en lo íntimo de su corazon , se oyó con mas claridad. Julia osa reflexionar : pregúntase en vano , que se habia hecho aquella Julia , criada en el seno de la

honestidad y de la inocencia? A veces se admiraba de ver correr sus lágrimas. El instante se acercaba, en que iba á salir del letargo del vicio, para sufrir el pesaroso arrepentimiento, que sigue á la pérdida de la virtud. Una ocasion singular, aceleró ésta dichosa mudanza.

Hallábase Julia en un palco del teatro de la Opera, donde su belleza tenia fixos todos los ojos, y su triunfo crecia con el despecho de las demas que confusas la miraban. Su orgullo se extendia en toda su arrogancia, quando oye dos jóvenes, que en el palco inmedito, hablaban de esta manera: ¿que es lo que tú piensas? (decia el uno.) ¿No es un

pro-

prodigio de hermosura? ¡Que no fuese yo Dorival! porque esta casta de mugeres no escuchan á nadie sino á fuerza de dinero.

¡*Esta casta de mugeres*! ¡que expresion para los oidos de la hija del respetable Gourville! Sin duda (respondió el otro:) no veo otra mas amable. Pero, amigo, ¡que lástima, que el vicio desfigure tantas gracias! Triste cosa es, no poder amar verdaderamente á semejantes mugeres. No hay cariño sin honradez. ¿Quien tendria tan poca vergüenza que ofreciese su mano á una muger como ella? ¿no preferiria qualquiera, la muger mas pobre y mas abatida, si ha conservado su

honra? Da compasion el ver, que no le causa rubor la atencion con que la miran. Acaso creerá ella, que la curiosidad frívola que excita, es lo mismo que tenerla en consideracion.

Estas y otras palabras que no es del caso repetir, fuéron para el corazon de Julia, otras tantas heridas mortales. Lo que mas sintió, fuéron las palabras del segundo que habló, pareciéndole mas crueles, por quanto no pudo dexar de experimentar en su favor, aquella inclinacion que nos domina á veces naturalmente, y nos mueve á desear el agradar á una persona que ha cautivado nuestra voluntad.

Ju-

Julia va á encerrarse en su casa, y dar á sus lágrimas libre curso. Allí contempla con horror, lo enorme de sus extravíos, y ve la profundidad del abismo en que la han arrojado su juventud y el desenfreno de sus pasiones. Entónces rompe en mil sollozos y exclama: yá oí mi sentencia! un rayo ha caido sobre mí y ha abierto mis ojos: ¡que horrores me cercan! Yo soy de la clase de estas mugeres sin pudor, que son la diversion y el desprecio del público! Estas galas exquisitas, estos diamantes, todos estos adornos vanos no pueden ocultarme la deshonra que me envilece á mis propios ojos! la última de las mugeres

es mas acreedora que yo á la estimacion de estos hombres que todos los dias se postran á mis pies! Ellos vienen á ofrecerme adoracion, quando soy objeto de su desprecio, y el martirio de los sentimientos virtuosos!

El jóven del teatro habia traspasado con sus palabras el corazon de Julia. Su fisonomía la habia inspirado un cierto afecto, y su dolor era mas vivo por haber sido aquel mismo quien la habia iluminado, manifestándole la humillacion en que vivia. Contempla pues su situacion, y ve que nadie puede amarla, estimarla ni compadecerla. Entónces presentándose sus padres á su

me-

memoria, exclama: ¡ó padres mios! yo os he deshonrado! la que os debia una reputacion sin mancha alguna, ha sido vuestro oprobrio! Vosotros vivis en la pobreza: pero vuestra hija, es quien conoce, quien siente la mayor infelicidad! Perdí el bien que no puedo recobrar; ofendí y manché la pureza de mi nacimiento y de mis costumbres. Tal vez en este instante llorais mi muerte: si supieseis que todavía respiro, vuestras lágrimas caerian sobre mi vida. ¡O hermano mio! vives tú tambien para participar de mi vergonzosa infamia? podrias conocer á tu hermana, en tal envilecimiento?

¡Que situacion tan cruel! Julia

de-

deseara no tener aquellos padres, aquel hermano, que ántes fuéron su mayor placer : se contempla criminal y digna de que la tierra y el cielo, descarguen sobre ella su justa venganza.

Despues de estas dolorosas reflexiones, Madama de Sauval se ofreció á los ojos de Julia con toda la ignominia y el horror que la caracterizan. Horrorizada de los crímenes de semejante muger, se apartó de ella, haciéndole ántes los cargos mas justos, y las reprehensiones mas agrias y mas bien merecidas.

Julia quisiera escribir á su familia, pero la pluma se le caia de la mano. Anunciar á sus padres su ar-

arrepentimiento, era hacerles saber sus extravíos criminales, quando yá la creian enterrada. Mas vale (decia) para mis padres y para mí, que ellos me crean muerta. ¡Dichosa si ántes de caer en tantas culpas, hubiera baxado á la sepultura! Solo en ella, solo en el centro de la tierra, podré librarme de la vergüenza que me persigue.

La desventurada hacia esfuerzos para desprenderse de todos los grillos corruptores, que la tenian sugeta al vicio, y las fuerzas le faltaban. El que ha tenido la desgracia de apartarse de la virtud, necesita un ánimo superior para volver á ella: se la ve de léxos como un puer-

to

to deseado ; pero seria preciso para arribar , hacer grandes esfuerzo y no desmayar ; y por falta de resolucion y de constancia quedan muchos en alta mar , expuestos á la tempestad , y muchas veces perecen, suspirando por salir á la orilla.

¡Quantos de mis Lectores reconocerán aquí su debilidad ! ¡quantas mugeres, en especial, que se han dexado arrastrar á los mismos extravíos que la hija del Señor de Gourville , y que en este instante tienen este libro en sus manos , gemirán con Julia por su poca resolucion y firmeza! ¡Oxalá que las lágrimas que les hago derramar, puedan alentarlas á seguir el feliz impul-

pulso que las dirige otra vez á la virtud! Crean, crean que el arrepentimiento es un medio eficaz de expiacion á los ojos de Dios, y aun á los ojos de los hombres. Nadie podrá negar su piedad, su estimacion, á qualquiera que escucha la voz del remordimiento. Y quando en la naturaleza humana, cupiese tanta injusticia y barbarie, que le negase esta recompensa debida, reclame entónces el testimonio de su corazon, y se hallará suficientemente recompensada. Una conciencia tranquila es sin contradicion, la única felicidad de que podemos gozar sobre la tierra.

La turbacion interior de Ju-

LIA, influia en su salud: su fisonomía se alteraba; aquella amable alegría, que daba tanto realce á sus gracias, se iba desvaneciendo insensiblemente. Su amante y el tropel inmenso de jóvenes que rodean siempre á una muger hermosa, se obstinaban vanamente en preguntar la causa de una mudanza tan extraordinaria. JULIA conocia muy bien, que si descubria lo que pasaba en su corazon, la hubieran tratado de *muger séria*, lo que léxos de ganar la compasion y estimacion, le grangeara el pasar por ridícula; y JULIA no estaba bastante cerca del denuedo sublime del arrepentimiento, para atreverse á luchar contra

las

las pullas y el ridículo que juntamente con las modas son los tiranos de la Sociedad. Despreciarlas, es el principio de la virtud. Este noble esfuerzo no es dado sino á las almas vigorosas. ¿Y de que nacen la mayor parte de los errores y de los crímenes? De la debilidad. Curemos este mal, arraigado en el corazon humano, y lo harémos capaz de las mayores acciones, elevándolo hasta la cima del heroismo.

Uno de estos desatinados que andaban al rededor de JULIA, entró un dia en su casa, con aquel aire insolente y familiar, á que los tontos han querido llamar *marcialidad*; y desde la puerta, empezó á gritar

di-

diciendo: y pues, reyna mia! estamos todavía con aquellos vapores, que en verdad no hacen favor á esa hermosura? Que manía es esa, con esa cara de rosa, de querer ahora hablar con tanto juicio? porque es cierto que de algun tiempo acá no debeis de advertir que siempre nos estais predicando, á fé mia. Esos Sermones, no lo dudo, serian buenos, admirables: el talento que mostrais es grande: pero, creedme, atenos al arte de agradar, que es lo que os sienta mejor: una de vuestras miradas nos moverá mas que todas esas reflexiones que tocan en lo súblime. Y en fin, una vez que tanto os gusta la *seriedad*, tambien

ten-

tengo yo medio para obsequiaros.

A todas estas extravagancias, no dió Julia mas respuesta que un profundo silencio, interrumpido por algunos suspiros. Vamos (continuó Delcourt, que así se llamaba el fatuo) preguntadme al instante que es lo que me ha hecho imaginar el deseo de serviros. Una muger puede ser indiferente, insensible, pero es forzoso que tenga curiosidad. Apuesto á que rabiais por saberlo, ¿no es verdad?.. Pues sabed, hermosa Julia, que en mi Regimiento, tengo un Filósofo de la primera clase; aun no tiene veinte años, y es un Caton, un modelo de juicio; siempre hablando como un libro. No obstan-

te, hay motivo para pensar, que le haceis desatinar. Yo no sé donde os ha visto; pero él desea sin duda venir á besar esos pies, y yo os le traigo, maniatado: mirad si se puede amar con mas delicadeza; porque yo os amo furiosamente, y sin embargo me sacrifico, sirvo á mis rivales: yo encadeno la Filosofía á vuestro carro: aquí la espero para presentarlo á vuestros pies.

Aun no habia acabado Dercourt, quando vienen á buscarle: sale, y al punto vuelve con un jóven oficial que en nada se parecia al cortesano. La modestia respiraba en su exterior su fisonomía noble, adquiria mayor realze con los sig-

nos

nos de tristeza que involuntariamente se manifestaban. Aquí teneis, (la dixo DELCOURT) al Señor DAUMAL, que os presento como uno de mis mayores amigos: este es á lo ménos un sabio, aunque no creo que tenga un corazon invulnerable.

JULIA, admirada, reconoce al mismo jóven que en el teatro dixo aquellas palabras, que quedáron grabadas en su alma. Compone su semblante, procurando disimular su sobresalto. Querria vengarse, mostrando á DAUMAL, una fria aspereza; pero no puede dexar de ceder á las sensaciones que hasta entónces no conocia. JULIA en fin se ve dominada de una cierta ternura, mas im-

periosa tal vez que la llama impetuosa del amor. El oficial, sintiendo la misma agitacion, la saluda con aquella timidez, que es la ofrenda mas halagüeña para un sexô, cuya delicada sensibilidad no desperdicia nada de lo qué puede asegurar su triunfo. La conversacion fué vaga y sin objeto fixo, como todas aquellas que, privadas de calor y de vida, forman un conjunto de palabras sin sentido alguno; las quales bastan á las gentes para hacer circular su tedio; y solo tienen un cierto valor de puro convenio.

Julia hallaba cada dia mayor complacencia en la conversacion de Daumal. A pesar de los esfuerzos del

del amor propio, que tarde ó nunca olvida su resentimiento, JULIA habia perdonado al oficial en lo íntimo de su alma, de lo que ella misma se admiraba. La desgraciada hija del Señor de GOURVILLE, habia notado que DAUMAL, en todos sus discursos, traia con maña la ocasion de elogiar la virtud: lo qual era para la triste JULIA una reprehension bastante directa de sus yerros. Luego que se hallaba sola, no podia detener su llanto, sin tener libertad para aborrecer la mano que la traspasaba el corazon.

Un dia estaba JULIA entregada mas que nunca á estas reflexiones amargas, que le presentaban el ex-

ceso de sus extravíos, y dexaban en su alma el secreto tormento de los remordimientos ; oia los gemidos de su familia, veia sus lágrimas correr, y se horrorizaba de sí propia. En este mismo instante, DAUMAL se presenta á su vista. Ella turbada, temblando, no se atreve á levantar los ojos. DAUMAL echa de ver su agitacion, y quiere retirarse. No os vais, señor, (le dixo JULIA;) sentaos, que tal vez vuestra presencia aliviará las fatigas de mi vida.

Pronunciando estas palabras, no osaba mirar á DAUMAL; quien por su parte experimentaba igual turbacion. Ámbos permanecen algun tiempo en el silencio, hasta que

DAU-

Daumal lo rompió, diciendo con acento expresivo. — ¿Será posible que tengais algun pesar, y que esté en mi mano el aliviarlo? Mi turbacion manifiesta bastante lo que pasa en mi interior. Tiempo ha que deseaba una ocasion para desahogar mi alma, que solo piensa en vos; una aficion tierna, delicada, respetuosa, ha causado en mí vuestra vista: una inclinacion pura y honesta me trae... Señor (interrumpió Julia) mucho se ha mudado vuestro modo de pensar: no hablabais de ese modo. — Pues porqué lo decis? — Quando yo estaba en el teatro, la conversacion que tuvisteis con vuestro amigo... Daumal

no la dexa acabar, y con voz tierna y afectuosa le dice: conozco, señora, que me habeis comprehendido, y léxos de querer disculparme con viles engaños, os confesaré que hablé mal: miradme como el hombre que mas os ha ofendido, pero leed en mi corazon: jamas habia yo visto tantas gracias, todo me obligaba á tributaros mi admiracion; pero perdonad un primer movimiento que no pude contener: yo estaba indignado contra la suerte, porque á tantas perfecciones no habia juntado. ... ¿llorais? — Sí, veo que nada poseo, pues he perdido la virtud. Yo la conocí, señor; y el dolór, la vergüenza, el vilipendio,

estarán por siempre sobre mi vida. Bien teniais razon de despreciarme, de aborrecerme... — ¡Despreciaros! aborreceros! Una vez que sois capaz de abrir los ojos para mirar vuestros deslizes... — Mejor diréis mis crímenes, que nunca podré enmendar. — No os aflijais, ni temais que os desprecien: vuestra alma está yá abierta al arrepentimiento, y esto basta para merecer la estimacion. — La estimacion! Jamás, señor, podré recobrar este bien precioso! en otro tiempo no me la hubieran negado. — Creed que os estimarán si teneis ánimo para dexaros llevar de ese dichoso impulso, que en este instante os conmueve. Pero po-

dré preguntaros, cómo, por qué fatalidad, por qué funesta circunstancia, con un alma tan noble, tan sensible, habeis..... la hermosa JULIA deberia ser un modelo de virtud. — Sin duda, yo amo la virtud, y conozco todo su precio: no tenia mas que seguir los primeros pasos de mi vida; pero yo me he extraviado: el mundo, la juventud, el exemplo, una amiga, una indigna amiga, todo me ha seducido, y me ha precipitado en un encadenamiento de desórdenes continuos, que me costarán la vida. Yá hay mucho tiempo que en secreto me lamento de mi suerte: que el vano esplendor, que el trato de las gentes, todo me cansa, ménos

nos

nos vuestra presencia, que miro como necesaria, aunque solo venis á reprehender mis yerros. Reprehendedme, señor, no os detenga mi sensibilidad; mostradme sin disfraz ninguno lo enorme de mis culpas; no me oculteis la baxeza en que me he sumergido: todo quanto digais, no podrá castigarme debidamente, ni despedazar, como es justo, este corazon. Mis lágrimas, estas lágrimas, no moverán ni al cielo ni á los hombres: mi infamia es irremediable y eterna: yo me he envilecido á los ojos de todo el mundo, y aun á los mios propios. — Vuelvo á deciros, amable Juana, que una generosa conversion á la virtud nos gran-

grangea la estimacion pública y la de uno propio. No sois la sola á quien la seducion y el mal exemplo hayan descaminado: mas de quatro familias lloran la pérdida de algunas jóvenes desgraciadas que, por su nacimiento y su educacion, prometian que nunca se apartasen de la honestidad.

Al oir estas palabras, JULIA mira á DAUMAL, y lanzando un profundo suspiro, le dice: ¡oh señor! ese es el dardo mortal que traspasa este corazon! yo tengo mi familia: unos padres respetables de quienes soy la deshonra. —Pues á que esperais? id á verlos, y á echaros á sus pies, y volver al seno de la virtud.

—Creeis

— Creeis pues, que mi dolor, mis vivos y sinceros remordimientos, alcanzarán el perdon de unos padres virtuosos, á quienes ha cubierto de oprobrio? — No habeis de dudarlo en ninguna manera: ¿qual es el corazon, que no se ablandaria y no os favoreceria, al ver vuestros loables propósitos?.. ¡Pluguiese al Cielo que una hermana que tengo, pensase del mismo modo! — ¿Teneis pues una hermana? — La que causa todos mis pesares, y cuyos desórdenes me quitarán la vida, como se la han quitado á mi madre, y como pronto darán fin á mi anciano padre, quien lloraba la muerte de su hija, pero que despues, sin poder

der saber su paradero, ha sabido que vivia, y que vivia para deshonra nuestra. Ella me ha precisado (añadió DAUMAL lloroso) me ha precisado á mudar de nombre... — No es DAUMAL vuestro nombre? — No, JULIA! — Dios mio!... pues... como os llamais?... — GOURVILLE... — Hermano mio!

JULIA cae sin sentido; DAUMAL queda inmóbil, como si hubiese caido sobre él un rayo. JULIA abre los ojos, y arrojándose á los pies de su hermano, dice: esta es, hermano mio, esta es tu infeliz hermana, la hija del desgraciado GOURVILLE, la que ya no desea mas que la muerte, y cuyos últimos suspiros serán por

su

su hermano y por la virtud : la que huella estos testimonios de su vilipendio (quitándose los diamantes, y arrojándolos con indignacion.) Hermano mio! yá no soy acreedora al nombre de hermana vuestra ; pero si no merezco vuestro amor, si no soy digna de vuestra estimacion, á lo ménos tened lástima de mí. Yo abrazaré el estado mas vil : ah! no encontraré en él mi honor, que yá lo perdí, lo perdí para siempre!

Los sollozos no la dexaban proseguir, y Daumal estrechándola en sus brazos y gimiendo con ella, solo puede decirle : ¡hermana mia! — ¡Aun me llamas hermana! ¡ó hermano generoso! Mira adonde me

han

han conducido, mi debilidad, el deseo de las riquezas y de algunos adornos que ahora miro con odio! ellos fueron el orígen de todas mis desdichas! Pero, habla, dime de mis padres:.... yo me extremezco solo de nombrarlos: los veo indignados contra mí. ¡Yo pude ser la causa de la muerte de mi madre! Hermano mio, déxame expirar á tus pies, pues no soy digna ni de vivir, ni de tí: ¡pudiese morir aquí entre mis lágrimas y mis dolores!

Daumal la levanta, y mirándola con ojos enternecidos, le dice: el arrepentimiento puede enmendar los yerros. Ven, te llevaré al lecho dónde está cerca de expirar nuestro pa-

padre desdichado. —¿Que oigo? mi padre... — Está á las puertas de la muerte. Ellos supiéron lo que nosotros debemos olvidar. Mi madre murió de pesadumbre, y mi padre ha venido á Paris para informarse, para morir en tus brazos, hermana mia. No te aflixas; nuestro padre te verá, te perdonará, pues siempre te ama.

Los dos hermanos estaban abrazados, llorando amargamente, sin dexarles hablar los sollozos: al fin Julia le dice: tú verás, hermano mio, si yo merecia ser tu hermana. ¿Porqué vine á esta funesta Ciudad? ¡Pudiese yo devolver á aquella parienta sus perjudiciales beneficios;

y volver á la indigencia que me honraba!

Julia dexa á su hermano, envia sus diamantes á quienes se los habian presentado, despide sus criados, vende sus muebles, vístese con la mayor sencillez, busca á Daumal, y le ofrece algun dinero para remediar la necesidad de su padre. El jóven, encolerizado, le ordena distribuirlo á los pobres, y le desea que esta obra pueda expiar su conducta. Julia queda llena de dolor, y suplica á su hermano la perdone su buena intencion. Daumal, alzando la voz, le dice: miéntras yo tenga en mis venas una gota de sangre, la venderé por mi padre;

pe-

pero tú le ofenderias... —Basta, (le dixo Julia:) nada mas digas, que bien sé lo que soy; sé que soy una criatura infeliz, privada de los derechos de la humanidad, digna del desprecio de toda la naturaleza. ¡Ó hermano mio! ten lástima de mí, y no despedazes más este corazon. Dime, dime ¿cómo me recibirá mi padre? —Con amor, Julia; serás recibida como hija.

Daumal entónces contó á su hermana todas las circunstancias que la importaban. Su padre supo indirectamente, que ella vivia, y que no correspondia á su nacimiento y á su educacion. Agitado en la incertidumbre, vino á Paris para

averiguar el paradero de JULIA, y corregirla si acaso habia tenido la desgracia de caer en algun error.

Estando los dos hermanos hablando, llega un Sacerdote, presuroso, sobresaltado, y ruega á JULIA que vaya con él sin dilacion, manifestándole que en ello hará una obra de caridad, y contribuirá al reposo de un alma agitada y en peligro.

DAUMAL y su hermana condescienden á las vivas instancias del Sacerdote, y en su compañía van á un arrabal, suben por una estrecha y oscura escalera, entran en un desvan en que todo anunciaba la mayor miseria, y en que una voz mo-

ri-

ribunda salia de entre unas asquerosas pajas, y decia: ah! Julia! quantas gracias debo dar á Dios porque ántes de expirar, puedo pediros perdon de mis iniquidades. Esa es (prosiguió la persona moribunda dirigiendo la palabra al Sacerdote) esa es la virtud que yo he corrompido, que yo he arrancado al precipicio con mis abominables consejos... ¡Madama de Sauval! (exclamó Julia.)—Sí, yo soy la miserable que os impelió al desórden; la que os precipitó en el abismo del vicio. El castigo que yá he recibido, no es quizá mas que el precursor de un eterno suplicio. Yá veis mi horrible indigencia: este es el fruto de

cinqüenta años de culpas y de acciones abominables. Dentro de un instante voy á dar cuenta de estos cinqüenta años, al Juez Supremo; y en todos ellos, no habrá un dia, un solo dia, que esté en mi favor. He sabido Julia, que habeis encontrado á vuestro hermano; que os habeis convertido á la virtud, á aquel Dios que me castiga, y de quien yo os aparté. Vuestro arrepentimiento le aplacará: pero yo, infeliz, ¿qué puedo esperar de su misericordia? No hay para mí ningun perdon: para siempre, para siempre estoy separada de su gracia: yo no veo mas que una eternidad de tormentos.

Diciendo esto, cubre el rostro

con

con sus manos, arrojando un torrente de lágrimas. El Caritativo Sacerdote procura consolarla, poniendo ante sus ojos un Dios clementísimo, infinitamente bueno, que siempre está tendiendo sus brazos al arrepentimiento. Madama de Sauval le escuchaba atenta, besando con fervor un Crucifixo. Pero despues lo apartaba, volviendo al furor de su desesperacion. No, (decia) no es posible que me perdone! yo oigo la sentencia de mi condenacion! yo veo la tierra que se abre, y me traga! yá me arrastran!.. ¿adónde podré huir? dónde me ocultaré?

Esta infeliz muger, pálida, temblando, asombrada, tiende las manos

nos á JULIA; quien, vencida de la compasion, sin reparar en lo asqueroso de tal miseria, sin ver mas que la desdicha de la pérfida amiga que causo su perdicion, le echa los brazos vertiendo copioso llanto. — No lo veis? (exclamó asombrada Madama de SAUVAL.) — Calmad vuestro espíritu (le dice JULIA:) creed que siento vuestras penas, y que haré quanto penda de mí para aliviarlas. — ¿Sois vos, JULIA? sois la que quise pervertir? Yo tengo la culpa de todos vuestros yerros: Dios va á castigarme para siempre. Señor (dice, hablando con DAUMAL), sabed que la única que es criminal soy yo: yo me he valido de quantos medios

he alcanzado, para deshacer las virtudes de vuestra hermana, para arrebatarla á su familia, al honor, á la Religion, cuyo poder siento en esta hora. — No hablemos de nuestros yerros (interrumpió Julia llorando:) pensemos solo en aplacar la ira del Cielo. Si yo hubiera sido tan virtuosa como lo decis, no me habria jamas separado de la senda, que mis virtuosos padres me señalaron. ¡Dios mio! (prosiguió, postrándose de rodillas) el perdon imploro por ámbas: ámbas te hemos ofendido: dígnate de oir nuestras voces.

El Sacerdote y Daumal, estaban absortos y llenos de asombro. En efecto, una jóven que con todo

el

el lustre de la hermosura, penetrada de arrepentimiento, anegada en sus lágrimas, invocaba al Cielo con aquel fervor tan poco conocido de las almas mundanas, era sin duda un espectáculo capaz de admirar y de enternecer. Daumal quiere alzar á su hermana, pero ella insiste en permanecer regando el suelo con sus lágrimas. Yo (decia) debí resistir, oponerme, y aun estorvar á esta desdichada el que corriese á su perdicion. Yo debia sostener su debilidad: vuestra hermana, la hija del respetable Gourville, debia servir de exemplo, y llamar á la virtud á los que de ella se alejaban.

Madama de Sauval recae en su ter-

terror: las huellas de la muerte espantosa se ven sobre su rostro: su agitacion crece, sus cabellos se herizan, y exclama: libradme:... yo me quemo... las llamas me cercan... Dios mio!.. tú me has condenado!.. yo caigo... yo ruedo en un abismo... socorredme!

Expira en fin arrojando espantosos ahullidos, y queda hecha un objeto horroroso, de cuya vista huyen Julia y Daumal en la mayor consternacion. ¡Justo Dios! (decia Daumal.) este es el fin del crímen! la debilidad, el terror, la desesperacion, asaltan sus últimos instantes! Quan diferente de la virtud, que siempre sosegada, siempre tranqui-

la;

la, entrega su alma sin esfuerzo ni agitacion, como un depósito que el cielo le ha confiado! Esta es, hermana mia, la prueba, á que debemos esperar todos esos que se llaman dichosos, cuya felicidad nos ponderan tanto, y que muchas veces excita nuestra necia envidia. ¿Quien es el insensato, que deseará cinqüenta años de una vida, en la opulencia y los placeres, que ha de terminarse con una semejante muerte? Y quando para los viciosos, no hubiese mas suplicio, que la continua turbacion en que viven ¿quien no preferiria á su situacion, la tranquila conciencia de una virtuosa pobreza?

Lle-

Llegan á la habitacion donde vivia su padre. Un quarto reducido, servia de antesala al que ocupaba el anciano. DAUMAL entra, y detiene á JULIA que queria seguirle. JULIA no quisiera dilatar el instante de echarse á los pies de su padre; pero su hermano le hace presente la necesidad de explorar ántes su ánimo, y preparar su presentacion.

A esto (se decia JULIA) me han traido mis yerros! una hija, se vé en la precision de alejar el momento de presentarse á los ojos de su padre! Se vé temerosa de ofenderlos!

La puerta se abre: ¿quien es la persona que sale, y á quien reconoce la infeliz JULIA, despidiendo un gri-

grito, y queriendo ocultar su rostro? MARIANA, MARIANA, quien mas estimable, mas afecta que nunca al Señor de GOURVILLE, queria morir en su servicio? MARIANA, que vió á JULIA virtuosa, es quien le dice: ¿sois vos, señora?

JULIA cae sobre una silla, turbada y casi fuera de sí. ¡Que tormento, el tener que avergonzarse, el verse en tal confusion, á la vista de un criado! En este instante, MARIANA era propiamente la hija del Señor de GOURVILLE, y JULIA era inferior á la criatura mas abatida. Llorando é inclinando la frente en su seno, le responde: sí, MARIANA, yo soy; yo soy quien no osa mi-

mirarte, y á quien tu vista llena de rubor. MARIANA... tú no has salido de la senda de la virtud, quando tu desdichada JULIA...

Calló, faltándole fuerzas para proseguir. MARIANA, vertiendo lágrimas, le echa los brazos, pidiéndole perdone este movimiento de su corazon: señora, (le dice) mucho nos habeis dado que sentir. Mi ama murió de pesar, pidiendo al Cielo que le concediese ver y abrazar á su querida hija: mi ama os compadecia... aquella Madama de SUBLIGNÍ tiene la culpa de todo. Bien lo pensaba yo, que el vivir en Paris y aquella tía, os habian de causar mucho perjuicio. Pero, ama mia,

(aña-

(añadió, abrazándola) no os abandoneis al dolor: yá estais arrepentida ¿no es verdad?—¡Ay Mariana! ¿qué vale el arrepentimiento en comparacion de una vida irreprehensible? ¡pudiera yo ocultarme! en las entrañas de la tierra!—Sosegaos, ama mia, mi amo se alegrará de veros; os perdonará: ¿no es Dios misericordioso? No pensemos mas que en consolar á vuestro señor padre, que siempre está en la misma pobreza: ahora le hallaréis en una cama, mas enfermo de dolor que de su edad: ¡pudiera yo conservar su vida, á costa de la mia!

Las lágrimas de Mariana se mezclan con las de Julia. En tanto

Dau-

DAUMAL habia entrado al aposento de su padre, quien viéndole, le pregunta si trae algunas noticias de su hija, todavía con la esperanza, de que fuese falso, quanto de su mala conducta le habian dicho; pero las lágrimas de DAUMAL le confirmáron aquella funesta nueva. Todo (le dixo) es, por desgracia, verdad. — ¡JULIA vive! (exclamó el padre) y mi hija nos ha deshonrado! oh! que no se ponga jamas en mi presencia! DAUMAL... hijo mio, ¿y sabe quantas lágrimas me cuesta? — JULIA sabe que sois un padre sensible, digno de ser amado y respetado, y que ella es la hija mas ingrata y mas culpable; pero padre mio,

el remordimiento nos trae á JULIA; ella conoce y llora sus yerros; y solo desea morir de arrepentimiento, despues de haber visto á su padre. — No, DAUMAL: yá te he dicho que no se ponga jamas en mi presencia: ... estos yerros no tienen ninguna disculpa... ¿y conoce, conoce ella toda la fealdad de su mala conducta? — Ella está desconsolada, padre mio. — Y debe estarlo. Recibir una educacion tan buena, estar criada en el regazo de una madre tan virtuosa, y pasar de improviso á semejante depravacion!... ¿Y te ha preguntado por mí? No se ha informado de si estoy bueno, si deseo verla?... oh! yá habrá olvidado á

su

su padre! — Solo vive, padre mio, con la esperanza de veros: su dolor y su arrepentimiento la postran, y su anhelo es solo expirar á los pies de su padre. — Ah! DAUMAL, yo soy quien acabará una vida llena de dolor:... su presencia amargaria mis últimos instantes.... ¿No dices que está bien arrepentida? — Su corazon está atormentado por los mas vivos remordimientos; su llanto mueve á compasion... — Hijo mio, Dios perdona: si yo supiera que Dios habia ilumin ado á esta pobre criatura:.. la debilidad de su edad, el mal exemplo... el mal exemplo, la habrá arrastrado al vicio y no su corazon: JULIA nació para amar la vir-

tud, y no separarse nunca de ella. Hijo mio,.. ¿y dónde está esa muchacha?... esa hija á quien tanto queria? A vuestros pies, padre mio, (exclamó JULIA, que oyó estas últimas palabras, y se arrojó delante del lecho de su padre) á vuestros pies está, cargada de sus yerros enormes, besando la tierra, é implora vuestra clemencia como la del mismo Dios, sin otro deseo que morir en vuestra presencia. — Hija mia (le dice el Señor de GOURVILLE tendiéndole los brazos) hija mia.... ¿eres tú? — No es digna de tan dulce nombre, quien os ha cubierto de oprobrio; quien ha faltado á todo quanto hay de mas sagrado en la

tier-

tierra, y al cielo mismo ; yo he causado la muerte de mi madre.... yá solo me resta sepultarme en el mas oscuro retiro ; pero ántes de baxar á mi sepulcro , deseaba veros , besar vuestra mano, y deciros que en medio de mis extravíos , ni vos ni mi madre saliéron nunca de mi corazon... ¡Padre mio! yo pido á Dios y á vos el perdon. Dios no me lo negará. Padre mio, dignaos de concedérmelo tambien , para que pueda expirar con este consuelo!

Julia permanecia arrodillada, regando el suelo con sus lágrimas. Su padre , sin fuerzas para hablar, la mira enternecido , queda suspenso un instante , y luego con sem-

blante afable, le tiende una de sus manos, que ella sella con su boca y la baña con su llanto. La respuesta del anciano fué únicamente alzarse, y estrechar á JULIA en sus brazos. Este silencio tierno y expresivo, no fué interrumpido mas que por algunos sollozos, con los quales se mezclaban los de DAUMAL y MARIANA. El anciano en fin dice: "hija mia... ¡quiera Dios perdonarte, como yo te perdono!" JULIA solo puede decir: ¡oh padre mio! al fin moriré con el nombre de vuestra hija!

El dolor y la alegría, produxéron en el Señor de GOURVILLE, efectos perjudiciales á su salud. JULIA

no

no se apartaba de la cabezera de su cama: sus lágrimas no se agotaban, y su padre llorando con ella, la abrazaba continuamente. Al fin (le decia) te veo, hija mia, y recibirás mis últimos suspiros. — ¡O padre mio! vivid para que yo logre que, en mi cercana muerte, os compadezcais de mí: yo espero que en mis últimos instantes, olvidaréis... ah! la memoria de mis vergonzosos errores no tendrá fin: todos mis remordimientos no podrán librarme de un vilipendio eterno!

El anciano, siempre dominado del amor paternal, procuraba consolar á Julia con sus caricias, y le recordaba la inmensa bondad de

Dios. En fin yá se acerca al escollo temible, en el que todo lo que existe va á romperse y aniquilarse. Daumal y su hermana, no hallan consuelo para su excesiva afliccion. Hijos mios, (les dice el Señor de Gourville), seámos christianos: alzemos los ojos al cielo: allí es donde serémos indemnizados de los vanos sueños de la tierra: la muerte no es nada: lo que debe llamar toda nuestra atencion, es nuestro futuro destino: yo pongo el mio en las manos de mi Dios; de este Dios, que en esta hora, me da el consuelo de encontrar á mi hija, y de verla llorar sinceramente sus yerros. Julia mia, conoce quanto vale la

virtud : la virtud es el manantial de todos los verdaderos placeres. Tú lo experimentarás : tú verás , que todas las ilusiones del mundo, no son comparables á la felicidad de una conciencia pura , que nos hace estar bien con nosotros mismos. Solo Dios procura esta felicidad. ¡O Dios mio! (continua el anciano , yá expirando , y vertiendo dulces lágrimas:) ¡amado Bienhechor mio! acaba la que es obra tuya : continúa en concederle tu gracia poderosa : dígnate de proteger á estos hijos , que no les queda mas amparo que tu bondad! Yo los dexo infelices sobre la tierra!

De quando en quando, estrechaba en sus brazos á JULIA y á DAU-

MAL, y levantaba los ojos al cielo, diciendo: ¡Dios mio! yo imploro tu clemencia: perdóname, Dios mio; perdona á esta miserable criatura, que pone toda su confianza en tu bondad.

Jamas el Señor de GOURVILLE habia manifestado tanto como en este trance, la dignidad del hombre: jamas fué mas sensible, mas reconocido, ni tuvo su frente mas serena: él era quien consolaba, quien exhortaba á los que estaban á su lado. Recibió los auxilios de la Iglesia, con aquel fervor que sale de un alma alimentada de la virtud y de la Religion; y despues de haber echado su bendicion á su hijo y á

su

su hija, y haberles encomendado la fiel MARIANA, murió en sus brazos, como si cayera en los del reposo: al modo de un fruto sano que habiendo llegado á su perfecta madurez, se desprende sin ninguna violencia. Su candor, la inocencia de su vida, la pureza de sus costumbres, parecia que respiraban todavía en su rostro. ¡Que espectáculo para los mundanos! ¡que muerte para compararla con la de aquella infeliz SAUVAL! ¡O virtud! quien no te apreciará! y quando de setenta años que te han consagrado, no se sacase mas provecho, que el derecho de morir de esta suerte, ¿no deberiamos preferirte, á todo lo mas li-

lisongero que nos ofrecen los placeres?

Daumal quedó yerto de dolor: Mariana casi ahogada por los sollozos; pero el desconsuelo de Julia no se puede expresar. Sueltos los cabellos, los ojos desencaxados, se precipita sobre el cuerpo de su padre, lo abraza, lanzando gritos espantosos. El pensamiento de que ella ha acelerado el fin de su desgraciada vida; de que su muerte era un crímen suyo, le hacia extremecer. Ni su hermano ni Mariana, podian separarla de su querido padre: allí quisiera, pesándole la vida, exhalar el último aliento, y acompañar á su padre al sepulcro.

Al

Al fin hiciéron las últimas honras al Señor de Gourville. Julia, contra todas las advertencias de Daumal, fué á consagrarse en eterna clausura, escogiendo la órden rígida, en que hay obligacion de acostarse en su ataud. Acomodóse de un vestido tosco, manteniéndose de pan y agua, y despues que se habia empleado en los menesteres mas humildes, se la encontraba al pie de los altares, implorando la divina clemencia.

Mariana la acompañó al convento, quedándose en él en calidad de lega. Señora (le dixo esta digna criada) yo esperaba morir sirviendo á vuestros amados padres: el cielo

nos

nos los ha llevado, y no quiero otro amo que Dios, el qual no me estorvará acariciaros hasta mi último momento. — MARIANA (respondió JULIA gimiendo) tú no tienes que aplacar á un Juez irritado, sino que vienes á los brazos de un padre amoroso: en lugar que yo... MARIANA! yo le he ofendido inmensamente.

Estas dos mugeres, exemplo de una piedad verdadera, vivian animadas de una noble emulacion en las austeridades y demas exercicios de la vida monástica. JULIA, meditando muchas veces sobre su suerte, se decia: las consideraciones meramente terrestres me habian hecho superior á MARIANA: la virtud la ha-

hace mi señora y mi modelo, y me creeria dichosa si pudiese ser su igual!

Daumal venia con freqüencia á ver á su hermana, quien le confesaba, que su felicidad habia empezado desde el momento de retirarse á la clausura. Hermano mio (le decia) poco tiempo ha que vivo, pues en el mundo no encontraba mas que una muerte continua. ¡Que alegría tan vana! quan débiles son aquellos placeres, que tanto me lisonjeaban, en comparacion del deleyte puro de que goza un alma penetrada de Dios! Ahora duermo en mi atahud, con mas descanso que ántes en el lecho mas blando; y allí abrazo la imá-

gen

gen augusta de un Soberano benéfico, que se ha dignado de llamarme á sí. En otro tiempo, entregada á mi ceguedad, no podia concebir, cómo *Madama de la* VALLIERE, léjos de una Corte amenísima, olvidada del mas poderoso Monarca, y sometida á la vida mas austera y penitente, no era la mas infeliz entre las mugeres: ¡ay, hermano mio, y quanto me engañaba! la madre *Luisa de la Misericordia* (a) gozaba de la soberana felicidad! que Reyes

(a) Este es el nombre, que tomó la Duquesa de la VALLIERE quando, retirándose del mundo, entró en las Carmelitas.

yes de la tierra se pueden comparar al del Cielo? Yo he vivido en el torbellino del mundo, sorprehendida y perseguida por una conciencia tenaz, cuya voz confusa se oia en medio de mis devaneos: una turbacion interior é invencible amargaba para mí, aquellos momentos de tumulto, que llaman diversiones. Mi alma siempre descubria nuevas necesidades, y anhelaba algun objeto, que pudiese fixar y calmar sus deseos vagos é inquietos; y este objeto tan esperado, tan deseado, huia como una sombra impalpable, que por mas que se la persiga, no es posible asirla. Aquí empiezo y acabo el dia, en la dulzura de una

felicidad pura, que es sin duda un débil asomo de la celeste felicidad: yá he alcanzado aquella ventura fugitiva que engañaba á mis deseos, y huia de mí; yá no temo el preguntar á mi corazon, lo que siente: el reposo, la calma del corazon, estos placeres tan poco conocidos en el mundo, yá los conozco. Muy diferente de aquella JULIA que huia de la soledad, vuelo en pos de aquellos instantes que me dexan conmigo misma: todos los dias son hermosos á mis ojos, pues todos me elevan á la idea sublime y alhagüeña de la inmortalidad. Entregada enteramente al seno de la divina bondad, confio que mis lá-

gri-

grimas, mi sincero arrepentimiento, y este amor tierno y respetuoso al mayor y mejor de los Seres, podrán borrar las manchas de mi vida: ¡pueda yo, hermano mio, morir con esta confianza! ¡Ó Dios mio! pudo ser mi padre víctima de una hija inhumana? Sí; yo fuí la causa de su muerte; y deseo volar á su compañía. El justo Dios le habrá recompensado por sus virtudes, por lo que padeció, y por el generoso perdon que quiso concederme.

Tales eran los discursos y la nueva vida de la hermana de Daumal.

¡Pero que poder no tiene el exemplo! y quanto no necesita la naturaleza humana tener ante sus

ojos, las imágenes augustas que la estimulen y la eleven á la perfeccion! Un dia avisan á Julia, que una persona queria hablar con ella. A las preguntas que hace para informarse de quien era este sugeto, solo le pueden satisfacer diciendo, que no habia querido decir su nombre, ni el objeto de su venida, y solo podian decirle que era un jóven, vestido con sencillez, y que parecia hallarse afligido. Julia duda si ha de condescender á lo que pide; pero un súbito movimiento la determinó: tal vez (decia) es algun desgraciado que necesita de consuelo: si no puedo hacer nada por él, á lo ménos podré enxugar sus lágri-

mas, y darle á conocer la dulzura de una Religion compasiva.

Julia va al locutorio. ¿Quien se ofrece á su vista, pálido y desfigurado? el Marques de Germeuil, malévolo á los ojos del cielo y de aquella verdad á quien no podemos nunca deslumbrar, y tenido en el mundo como un hombre á la moda, y como un modelo de nobleza y de gracias. —¿Vos sois señor? (exclamó Julia, retrocediendo de temor.) ¿Viene vuestra perfidia á perseguirme hasta este retiro? — Vengo para admiraros, (replicó el Marques) á pediros perdon de mi delinqüente proceder, y á desahogar á vuestros pies un alma que os es deudora de su

mudanza, y desea con ansia imitaros. — ¿Que decis, Señor? — Que yo fuí la causa de vuestros extravíos; quien os ha arrastrado al vicio; quien se ha valido del arte infame de la seduccion; quien ha cometido todo género de crímenes. No sois la sola de quien he causado las desdichas y los desórdenes: no hay exceso que no haya cometido: contento con tener á los ojos de los hombres el disfraz de una probidad aparente, no respetaba ni al cielo ni á la virtud. Vuestro exemplo ha sido para mí una luz repentina, que ha venido á iluminarme, y á mostrárme el horror de mi ceguedad. Extremecido á la vista del peligro,

voy á sepultarme en un retiro religioso, y á llorar, en él, una vida que no podré expiar. Todos mis bienes los doy á mis parientes; pero ántes de dexar para siempre el mundo, he querido veros y participaros una conversion que es obra vuestra. ¡Inmenso Dios! (exclamó JULIA, alzando los ojos al cielo:) tú me colmas de beneficios! ¿Con que en fin, señor (dirigiéndose á GERMEUIL) reconoceis vuestros errores? ¡quanto placer me causa vuestro modo de pensar! Yo apruebo la especie de abjuracion que haceis del mundo; pero si quereis creerme, en lugar de ir á sepultaros en un claustro, atreveos á permanecer en medio del

mundo ; para presentarle un poderoso exemplo de virtud y de verdadera piedad. Vos sois conocido, Señor ; poseeis rentas suficientes : yo no era mas que una desdichada, sin un nombre que llamara la atencion, é imposibilitada de ofrecer una imágen visible, y de exercer la caridad: no tenia otro recurso que el de este retiro ; pero la conducta que debeis adoptar, es muy diferente. Siempre os lo repetiré : servid de exemplo á quantos os miran. Decid que pensais en desprenderos de vuestras riquezas ; pero, señor, ¿en tan poco teneis la ventaja de socorrer á los pobres, y de dar pan á una familia que perece de necesidad? Vuestros

parientes viven en la mayor opulencia: oid la voz de tantos infelices que os exponen sus desdichas; escuchad á tantos huerfanos como os piden un padre; á tantas jóvenes á quienes la horrible necesidad....

Julia se detiene en esta última palabra, sin poder reprimir sus lágrimas. Germeuil, (prosigue) yá me habeis entendido: id, conoced el espíritu de la Religion: edificad: sobre todo juntad la beneficencia á la oracion, y estad cierto de que de esta manera Dios aceptará vuestro arrepentimiento.

Germeuil estaba en una especie de éxtasis, pareciéndole que le hablaba alguna Divinidad. De allí

fué

fué y abrazó el género de vida, que JULIA le habia indicado, y algunas veces volvia á verla para revivificar su zelo en estas piadosas pláticas. Las austeridades que voluntariamente se impuso, le llevaron al sepulcro. Antes de expirar escribió á JULIA una carta, que siempre tuvo delante de sus ojos: en ella hablaba la Religion con toda su uncion y su energía.

JULIA, por espacio de veinte y cinco años, perseveró en su fervor, tanto mas admirable, quanto usando esta digna Religiosa, de excesiva severidad consigo misma, mostraba á los demas dulzura é indulgencia. Este es el distintivo de la

ver-

verdadera devocion. La piedad falsa se manifiesta en su ferocidad intolerante, y en su poca benignidad con las flaquezas de sus semejantes. En JULIA no se veia aquel orgullo, que algunas veces se arrima á la virtud, quitándole su nobleza y su esplendor: siempre practicando la humildad que anunciaba su exterior, su mayor sacrificio era resistir á la vista de MARIANA, y por lo mismo buscaba ansiosa estas ocasiones, para llenarse de mayor confusion, y anonadarse delante de ella. Al cabo de estos veinte y cinco años de exemplar penitencia, todavía se acordaba de sus yerros, y se dolia de ellos con profundos gemidos.

En

En fin llegó JULIA al término, en que se desvanece quanto nos rodea, ménos la verdad que con una mano, que no podemos desviar, viene á presentarnos la antorcha de la muerte. Pidió que la tendiesen sobre ceniza, y MARIANA se encargó de cumplir su voluntad. Todas las que allí estaban, no podian agotar su llanto, sin escucharse mas que sollozos: solo JULIA mostró aquella firmeza propia de una Religion sublime, y que no se debe á la sabiduría mundana. Tendiendo la mano á MARIANA, y pidiendo á Dios la perdonase de sus culpas y errores, y conservase la vida de su hermano, expiró. DAUMAL sintió su

muer-

muerte entrañablemente, y lloró á su hermana hasta su último suspiro. Mariana abatida de dolor, no tardó en seguir al sepulcro á su Señora, siendo su muerte igualmente exemplar; esto es, que su fin estuvo exento, tanto de fausto como de debilidad, y que Mariana murió como deben morir los verdaderos Christianos.

Fin del tomo segundo.

PRUEVAS
DEL
SENTIMIE

316
459

colorchecker CLASSIC
calibrite
mm